

LOS ROBOTS NO PUEDEN MORIR

LOUIS G. MILK

Los robots no pueden morir

Louis G. Milk

Los robots no pueden morir

EDICIONES TORAY

Arnaldo da Oms, 51-53 — BARCELONA

Julián Álvarez, 151 — BUENOS AIRES

Número de Registro: 317 - 1966
Depósito Legal: B. 16958 - 1966

Printed in Spain — Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor — Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Continúo siendo un robot.

— Sí, ese cacharro que por fuera parece un ser humano —masculino es mi caso—, pero por dentro no es más que una máquina.

Uno de ésos soy yo, el autor de la presente historia. Más adelante facilitaré otros detalles sobre mi personalidad...

¿Está bien empleada la palabra?

Personalidad viene del sustantivo persona. Pero en mi caso, ¿no podría decirse maquinalidad? Que se derivaría, naturalmente, del sustantivo máquina.

Brindo la idea a los filósofos. Gratis, por completo. De nada.

Personalidad o maquinalidad, en mi caso, da lo mismo. Escribo la presente narración, porque poseo la suficiente inteligencia para hacerlo, aunque sea una inteligencia mecánica, y porque, además, mi amo ya tiene suficientes complicaciones como para meterse en escrituras y novelerías.

Él necesita dormir al menos ocho horas después de su trabajo. Yo, como robot, como máquina, no necesito dormir. Estoy siempre en actividad, desde que salí de la fábrica, ya hace algunos años, hasta el momento actual.

Claro que a veces, me paro. Eso ocurre cuando me llevan a revisión periódicamente o bien cuando es preciso cambiar la micropila nuclear que me proporciona la suficiente energía para desempeñar mi robótica labor.

Como iba diciendo, mi amo...

«Mi amo» es algo que no suena muy bien en esta época. Da la sensación de que nos movemos por los tiempos de la esclavitud. Él, amo, y yo, esclavo.

Como humano, es dueño de una máquina. El que esa máquina sea pensante, no cambia en nada la situación.

Él me ordena, y yo, obedezco. Los robots estamos hechos para obedecer a los humanos en todo momento.

También tenemos severamente prohibido causarles el menor daño, de ninguna clase.

Todo robot de mi clase está dotado de un determinado circuito, capaz de destruirle si, por cualquier eventualidad, causara o intentara causar algún daño a un humano.

No son tontos los que nos construyeron. Temiendo, tal vez, una futura rebelión de esclavos mecánicos, nos insertaron ese circuito prohibitivo, que anularía instantáneamente el funcionamiento de todos los demás, convirtiéndonos en un santiamén, en un montón de acero y plástico... en plástico, naturalmente, es la envoltura epidérmica que simula la figura humana.

Mi amo es el inspector de policía Ferdy Kastell. Tiene treinta y tantos — muy pocos — años, un tipo que hace suspirar a todas las mujeres de quince a noventa años y una novia periodista, preciosa, llamada Leni Maclen, con la cual se casará un día de éstos.

Cuando él tenga tiempo y ella deje de correr de un lado para otro en busca de reportajes sensacionales.

Tengo ganas de verlos casados ya, la verdad, aunque, por otra parte, me echo a temblar cada vez que pienso en semejante posibilidad.

Ya es malo tener que hacer de criado para un humano: arreglar la casa, prepararle la comida, disponer su ropa, recibir a las visitas, tener siempre un buen repuesto de licores, vigilar las existencias del frigorífico, pero... ¿qué sucederá el día en que esos dos humanos se conviertan, por una irremediable ley biológica, en tres?

Pues que un seguro servidor de ustedes, alias Rocky Robot, se convertirá en niñera.

¡Construya usted un robot para que acabe cambiando los pañales de los críos!

— ¿No es verdad que resulta indignante?

Ni el mismo Karel Capek, el autor de la palabra que tanta fortuna ha hecho, aquel escritor que murió en 1938, se habría imaginado una cosa semejante. Su obra maestra *R.U.R. (Robots Universales de Rossum)* preveía un proletariado completamente mecanizado, deshumanizado... pero los acontecimientos han desbordado sus previsiones, las que, por otra parte, en muchos aspectos, han resultado altamente proféticas.

Capek inventó la palabra robot, derivada del verbo checo *robota*, que significa trabajo y que se ha incorporado al vocabulario universal. Ahí se puede decir que empezó mi nacimiento... aunque saliese de fábrica tres siglos más tarde.

Pero dejemos de hablar un poco del autor y atendamos más a la narración.

Como iba diciendo, trabajo para mi amo, el inspector de policía Ferdy Kastell, de la comisaría n.º 30. Aunque la rama a que está adscrito es meramente la criminal, por circunstancias que no son del caso, se ha visto obligado a actuar en lugares y circunstancias

bien distintas de las suyas habituales y que ya he relatado tiempo atrás. ([1])

Cuando se levantó aquel día y se fue a su trabajo, poco se imaginaba que, dentro de nada como quien dice, se iba a ver envuelto en uno de los casos más fantásticos que un robot puede imaginarse. Y cuidado que tengo cosas almacenadas en mis circuitos mnemotécnicos.

Cerca del mediodía, compareció Leni Maclen, la prometida de mi amo. No venía sola.

Si Leni, con todos los respetos para su condición humana, es un bombón, la chica que le acompañaba no se quedaba a la zaga.

Era una joven de unos veinticinco años, alta, de silueta escultural, cabellos rojos y pupilas verdes, que en aquellos momentos aparecían húmedas.

Menos mal que los robots carecemos de circuito lagrimal. Esto soslaya no pocos inconvenientes, aunque hay ocasiones en que el circuito de la compasión se conecta solo y entonces es preciso refrigerarlo a la carrera.

— Supongo que tu amo no habrá vuelto aún de su trabajo — dijo Leni, apenas me puso sus ojos encima.

— No, señorita. Y no creo que venga hasta antes del atardecer. Habló de una banda de ladrones de joyas que...

Leni se mordió los labios, contrariada.

— Llama a la Comisaría, Rocky — me ordenó. Se volvió hacia su acompañante y preguntó —: ¿Qué quieres tomar, Marilyn?

De modo que se llamaba Marilyn aquella beldad, me dije para mis circuitos. La aflicción que se reflejaba en su lindo rostro contribuía aún más a aumentar el atractivo de su belleza.

— No, nada... — contestó la pelirroja con voz trémula.

— ¡Tonterías! — exclamó Leni, muy decidida—. En el estado en que te encuentras, una copa te hará mucho bien. Te la voy a servir inmediatamente.

Establecí el contacto con la Comisaría. El sargento de guardia, un tal Anders, me informó que el comisario había salido y que ignoraban cuándo regresaría.

Leni oyó la respuesta.

— Que venga cuanto antes — indicó, apuntándome con la botella aún sin destapar.

— La señorita Maclen encarece la presencia del inspector en su casa a la mayor brevedad posible — dije.

— Ya, ya — contestó el sargento Anders con sorna —. Se lo diré apenas le vea.

Corté la comunicación. Leni se hallaba atendiendo a Marilyn, que aparecía sumamente abatida.

— ¿Puedo serles útil en algo? — pregunté.

— No, gracias, Rocky— contestó Leni.

Me retiré al interior de la casa, dejándolas solas. Un robot discreto no debe estar delante de los humanos, si éstos no requieren mi presencia.

A mi amo le gustan mucho los asados. Abrí el frigorífico y saqué de su interior una magnífica pierna de cordero.

¡Edison mío! ¿Por qué no nos habrán montado el circuito del sabor?

Los objetivos visores se me van muchas veces detrás de los sabrosos platos de comida que preparo. Cuando uno se alimenta a base de voltios y unas gotitas de aceite, para mantener bien engrasados los mecanismos, se siente a veces lleno de odio hacia la raza humana.

Sonó el «ding-dong» de la entrada. Apenas había puesto la carne sobre un plato, de modo que di media vuelta y me dirigí hacia la puerta.

Atravesé el saloncito. Las dos chicas estaban en un rincón, cuchicheando Dios sabía qué. Marilyn usaba con frecuencia un minúsculo pañolito para enjugar las lágrimas que seguía derramando, pese a los esfuerzos de Leni por consolarla.

Abrí la puerta. Soy alto, pero tuve que levantar la cabeza para poder mirar a la cara del hombre que se hallaba en el umbral.

Era un sujeto joven, de unos treinta y cinco años, moreno, de ojos expresivos y mandíbula resuelta. Traía en la mano un maletín de piel auténtica y aunque se esforzaba por mantenerse sereno, pude captar en su rostro una nota de ansiedad.

—¿El inspector Kastell? — preguntó.

— Lo siento, no está — contesté—. Si desea dejarle algún recado...

El joven alargó el brazo y me apartó a un lado.

— Esperaré — manifestó—. Aunque tenga que hacerlo durante horas.

— Señor... — empecé a decir.

Leni oyó hablar al recién llegado y se sintió picada por la curiosidad.

Dejó a su amiga y se puso en pie.

— ¿Quién es usted? — preguntó.

— Me llamo Ricardo Sanabria y soy explorador espacial, señorita...

— Maclen, Leni Maclen. Soy la prometida del inspector Kastell y... ¡Caramba, ahora recuerdo su nombre, señor Sanabria! Usted fue el que dirigió la famosa exploración a la Mancha Roja de Júpiter.

Sanabria se inclinó gravemente.

— El mismo, señorita.

— Sí, leí el informe. Creo que pasaron ustedes mil calamidades, aunque afortunadamente, pudieron regresar. Lo celebro, señor Sanabria.

— Mil gracias — contestó el joven—. Disculpe mi curiosidad, pero ¿qué hace usted en casa del inspector Kastell?

— Soy su prometida — respondió ella.

— Felicidades — dijo Sanabria. Y, de pronto, se fijó en la dolorida pelirroja.

Frunció el ceño durante unos instantes. Luego, avanzando un paso o dos, se acercó a la amiga de Leni.

— Perdón, señorita — dijo—. No quisiera equivocarme, pero... ¿es usted Marilyn Bewter?

— Sí, la misma — contestó la pelirroja con un hilo de voz.

— Ya me lo parecía a mí — sonrió Sanabria—. Usted iba a casarse con Pierre Duval.

El nombre pareció obrar a modo de revulsivo en Marilyn, quien se puso en pie de un salto.

— ¿Le conoce usted? — exclamó ansiosamente.

— Sí, éramos buenos amigos...

— Pero Pierre no viajaba en su expedición.

— En efecto, señorita Bewter. ¿Cuánto tiempo hace que no le ve? — añadió.

—Más de dos años — respondió la hermosa pelirroja. Se acercó al explorador y le dirigió una mirada implorante, capaz de partir las piedras—. Por favor, señor Sanabria, dígame lo que sepa de él. La incertidumbre no me deja vivir.

Los labios de Sanabria se contrajeron un momento. Yo grababa la conversación en mis circuitos memorísticos, sin perder una sílaba. Aquello se estaba poniendo pero que muy interesante.

Soy un robot, pero, para según qué cosas, tengo alma de mujer sensible. Una dama invadida por el desconsuelo, a causa de la desaparición de su amado, un gallardo explorador del espacio... ¿qué más podía pedir, Capek mío?

— ¿Qué le dijo cuando se separaron, señorita Bewter? — preguntó Sanabria, tras unos segundos de silencio.

— Nada. Se despidió de mí y... Por lo que más quiera, dígame lo que haya sido de él, se lo ruego — gimió Marilyn.

Sanabria meneó la cabeza.

— Señorita Bewter, le ruego que se arme de valor. Temo que no vuelva a ver ya jamás a su prometido.

Al oír aquellas palabras, Marilyn se sintió acometida por un patatús de los gordos.

Quiero decir que se desmayó.

CAPÍTULO II

Extendí mis robóticos brazos, pero el apuesto explorador estaba más cerca y parecía más ducho en tales menesteres, así que él fue quien cargó con el inanimado cuerpo de la hermosa Marilyn.

— Tráigala aquí — dijo Leni, indicando un cómodo diván —. Rocky, prepara café. Bien fuerte y con unas gotas de coñac.

— Al momento, señorita — contesté.

Me dirigí a la cocina y empecé a trastear con los cacharros. Mientras preparaba el café, aumenté la receptividad de mis micrófonos auditivos, con el fin de captar cuanto se decía en la sala.

— De modo que usted opina que el señor Duval ha muerto — dijo Leni.

— Lo que dije antes es que la señorita Bewter no volvería a ver jamás a su prometido, cosa muy distinta de afirmar su muerte — respondió el explorador.

— ¿Cómo puede ser eso? ¿Es que acaso el señor Duval no quiere casarse ya con mi amiga?

— Señorita Maclen — dijo Sanabria —, yo vine aquí a ver a su prometido. Un antiguo amigo común me recomendó que le explicara el caso, pero sólo lo haré al inspector Kastell o a la persona que éste me recomiende con mayor autoridad para resolver un enigma que... Perdón — se cortó el explorador bruscamente —; no quiero seguir hablando más del asunto.

— Al menos — expresó Leni con cierta irritación —, dígame si Pierre vive o está muerto.

— Cuando yo le vi... ni siquiera aseguraría que era él, pero afirmó serlo...

Me di cuenta de que Sanabria no quería hablar demasiado y que, además, estaba bastante perplejo por algo que mis circuitos no alcanzaban a descifrar.

— Está bien — dijo Leni con impaciencia—. ¿Vive o no vive?

— Ni está vivo ni está muerto.

— ¿Dormido? Quiero decir, sumido en estado de hibernación. O bien en estado cataléptico.

— Nada de eso.

— Pero, por el amor de Dios, hable de una vez — exclamó Leni, a punto de reventar—. La curiosidad me ciega...

Abandoné la cocina con una bandeja en las manos y me presenté

en la sala. Leni y Sanabria se esforzaron en despertar a Marilyn, que no padecía más que un simple desmayo.

La pelirroja recobró los sentidos poco después, llorando como una Magdalena. Leni le ofreció café con coñac, pero esto no consiguió cortar su llanto.

Furioso e irritado, Sanabria mascullό:

— ¡Mira que también es casualidad haberme tropezado con esta chica en casa de Kastell!

Como si el nombre pronunciado hubiese sido un conjuro mágico, mi amo apareció en aquellos momentos, casi sin aliento.

— ¡Leni! —gritó—. ¿Qué te ha ocurrido? ¡El sargento Anders me ha dicho que...?

Se interrumpió al ver a dos personas extrañas en la casa, ninguna de las cuales le resultaban conocidas.

— ¿Inspector Kastell? — dijo el explorador—. Soy Ricardo Sanabria. Un amigo común de ambos, Martin McDonnell, me habló de usted como la persona más capacitada para resolver un extraño caso que me ha sucedido y que no deseo se haga público por ahora. Si usted me presta su valiosa colaboración...

La pelirroja le interrumpió, arrojándose casi en los brazos de mi amo.

— Leni es mi amiga — exclamó atropelladamente. — Ella me dijo que usted me ayudaría a buscar a mi prometido, Pierre Duval, desaparecido hace dos años...

Kastell miró a su novia con expresión nada amable.

— Leni, ¿has sido tú quien me has traído a estas dos personas a casa? — preguntó, disimulando su cólera con cortés heroísmo.

— Sólo a Marilyn. El señor Sanabria apareció poco después, aunque, por rara coincidencia, los dos van a pedirte ayuda en el mismo asunto, según creo — contestó la periodista con aire voluble.

— Señor Sanabria — dijo al fin el inspector—, sólo por atender a nuestro común amigo McDonnell le dedicaré a usted unos minutos. En cuanto a usted, señorita— se volvió hacia la pelirroja—, su caso compete a la División de Personas Desaparecidas. Le daré una nota para su jefe, el inspector...

— Ferdy — dijo incisivamente Leni—, ella quiere que le ayudes tú.

— Y usted me ayudará a mí, apenas haya expuesto mi caso con la debida claridad — afirmó el explorador con rotundo énfasis.

Kastell miró a uno y a otra con aire irritado.

— Está bien — respondió al cabo—. Hable usted, señor Sanabria.

— Muy amable, inspector — dijo el aludido —. Pero de momento, no hablaré. Sólo me limitaré a mostrarle unas imágenes que grabé durante mi última estancia en Júpiter. Creo que su contemplación le resultará muy interesante.

— Adelante, pues — dijo el inspector —. Rocky, sírvame una taza de café.

— Sí, señor.

Mientras tanto, Sanabria tomó el maletín que había traído consigo y lo depositó sobre la mesa. Abrió la tapa y extrajo de su interior un pequeño pero pesado proyector cinematográfico.

El maletín contenía también la pantalla indispensable. Sanabria me la entregó y yo quité un cuadro, para colgarla del clavo correspondiente. El explorador colocó la cinta y luego me dijo:

— Haga el favor de apagar la luz, señor Rocky.

— Rocky a secas, señor — rectifiqué respetuosamente—. Soy un robot.

Sanabria me miró sorprendido.

— ¡Ah! — fue todo lo que dijo.

Todos los robots recibimos en fábrica una clave de letras y números como a efectos de identificación. Mi cifra es RR-07-TS-401, pero mi amo, que cuando quiere es un rato socarrón, me puso, aprovechando las dos primeras iniciales, el apodo de Rocky Robot... y con él me he quedado.

¡Las cosas que tiene que soportar una máquina! Y lo malo es que, gracias a los circuitos de que uno dispone, le es imposible gritar: «Abajo los humanos!».

Aunque no fuese más que expresado con palabras, sería un intento de daño físico a un humano, lo cual nos está severamente prohibido. Nada de dañar a un humano; debemos «cepillarlos» constantemente, a fin de tenerlos bien contentos en todo momento. ¡Esta vida robótica es un asco!

La pantalla quedó al fin lista. Apagué la luz y dio comienzo la proyección.

Lo primero que apareció ante los ojos de los humanos y los circuitos visores de un servidor, fue un asombroso paisaje de Júpiter.

Una gran cascada de hidrógeno líquido y lava se desplomaba de la cima de un risco de altura colosal, para ir a un lago de amoníaco líquido. Espesas nubes rojizas y verdosas se movían lentamente en la pantalla, cubriendo a veces casi todo el campo visual.

El suelo estaba completamente cubierto de hielo de metano y amoníaco, que a veces flotaba en grandes nubes compuestas por

infinidad de cristales también helados. Era un paisaje de grandeza sobrecogedora, que recordaba las vívidas imágenes que el Dante hiciera de su infierno.

La cámara recogió después la visión de un hombre, enfundado en su traje del espacio, moviéndose con cierta lentitud por aquel lugar. Júpiter tiene una gravedad dos veces y media a la de la Tierra, lo cual significa que un hombre de ochenta kilos, pesa allí doscientos. Afortunadamente, los exploradores que han tratado, con no demasiado éxito, la verdad, de reconocer la suficiencia joviana, iban provistos de amortiguadores de gravedad, pero aun así, pesan un cincuenta por ciento más que en la Tierra, no debe resultar muy agradable que digamos.

Esto era lo que motivaba lentitud de movimientos del explorador. El operador usó el «zoom», acercando la figura del sujeto, en cuyo pecho se podía leer su nombre en letras fosforescentes: SANABRIA.

De pronto, se produjo un movimiento extraño a corta distancia de Sanabria. El explorador se volvió y el cámara enfocó su objetivo hacia aquel lugar.

«Algo» entró en campo. Imagino que los humanos que contemplaban la proyección, sintieron un tremendo escalofrío. En lo que a mí se refiere, noté una baja de voltaje repentina, que casi me dejó sin movimiento.

La «cosa» se movió con cierta facilidad hacia Sanabria. Éste dio un salto hacia atrás, en realidad, un par de grandes zancadas — con cuarenta kilos de más sobre su organismo, no podía saltar demasiado, por supuesto.

La razón dice que en Júpiter no pueden existir seres vivos. Es natural que Sanabria no fuese armado, ya que no esperaba encontrar personas o animales hostiles. El cámara, sin embargo, fiel a la profesión, mantuvo el objetivo fijó sobre aquel ser que se deslizaba sobre el hielo.

Andaba, se deslizaba, se arrastraba o reptaba sobre el suelo joviano, como quiera expresarse. Pero se movía.

Ninguno de los presentes habíamos visto jamás una cosa semejante. En lo que a mí se refiere, mis circuitos memorísticos no albergaban el menor recuerdo de nada parecido; ni entre los extraños animales que pueblan las selvas de Venus ni en las formas inferiores de vida marciana, se había visto nunca algo siquiera remotamente parecido a lo que teníamos delante de nuestros ojos.

El operador hizo funcionar el «zoom» para acercar la imagen de aquel ser, que se movía con fascinantes ondulaciones de su cuerpo.

Era horrible.

Aparentemente, tenía la forma de una gran raya, pero sin la cola-látigo terminada en una uña venenosa, que hace tan peligrosos a esos elasmobranquios. Era de una forma aplanada y triangular, de unos dos metros de largo, aproximadamente, y dotado de una protuberancia en la parte delantera… en lo que podríamos llamar la cabeza, con un exceso de optimismo.

Su color era gris sucio y su anchura alrededor de metro y medio, con un grosor de treinta o cuarenta centímetros en la parte más recia de su casi informe cuerpo. No se le veían boca ni narices, pero sí dos ojos monstruosos, facetados, de casi veinte centímetros de diámetro.

— ¡Dios mío! — exclamó Leni—. ¿Es posible que pueda existir un ser como ése en nuestro sistema solar?

— Usted lo está contemplando con sus propios ojos — dijo Sanabria —. Pero aguarde, todavía no ha visto lo mejor. O lo peor, según se mire.

El ser detuvo de repente su deslizamiento. Movió un tanto la parte superior de su cuerpo, es decir, aquélla en que estaba la «cabeza» y luego, como si hiciera un gran esfuerzo, lanzó un seudópodo.

Era un brazo sin forma, una especie de cilindro terminado en una bifurcación de algo que querían ser dos dedos, pero que no hubieran sido completados biológicamente, como una tenaza de carne — o de sustancia animal, porque cualquiera sabía en aquel momento si aquel ser era de carne o de qué diablos era.

Los dedos tenían un grosor de cinco centímetros, por una longitud triple, aproximadamente. El brazo medía sesenta o setenta centímetros.

Es preciso reconocer que el cámara que tomó la escena era un hombre valiente. Sin miedo a posibles riesgos, se acercó al ser cuanto pudo, recogiendo la escena con absoluta fidelidad.

¡Y entonces, el ser escribió algo!

Rayó el hielo con uno de aquellos dedos, o lo fundió o Edison sabe lo que hizo, pero el caso es que compuso unas palabras perfectamente legibles.

Eran éstas:

Soy Pierre Duval. Socórranme, por el amor de Dios. Impidan que…

La cosa que afirmaba ser Pierre Duval no pudo continuar escribiendo.

Si los ojos facetados pueden expresar terror, los de aquel ser lo expresaron con toda claridad. De repente, creyó ver algo — ¿o lo oyó? — y giró en redondo con una rapidez increíble, que no había demostrado en los primeros momentos.

Se vio que Sanabria quería correr tras él, pero en aquel momento la cámara se movió con brusquedad, haciendo saltar el paisaje. La proyección se cortó de repente.

— Mi operador me prohibió que lo siguiera — dijo Sanabria lacónicamente, encendiendo la luz.

Kastell y su novia se contemplaron, atónitos. Leni tenía el rostro tan blanco como el papel.

La pelirroja no decía nada. Derrumbada en un sillón, tenía los ojos cerrados.

Simplemente, se había desmayado por segunda vez.

Kastell volvió los ojos hacia el explorador.

— Sinceramente, señor Sanabria — dijo—, ¿cree usted que... que «eso» puede ser Pierre Duval?

— Me limito a repetir lo que él grabó sobre el hielo de Júpiter — contestó el explorador—. Si lo es o no, cae ya fuera de mis conocimientos. Pero sí puedo jurarle, por mi honor, que no sólo contemplé lo que ha sido reproducido en la pantalla, sino que la grabación es auténtica. Vi aquel ser y le vi también escribir aquella demanda de socorro. Después...

— La cámara se movió — observó mi amo —. ¿Qué ocurrió entonces?

— Fue cosa de José Ramírez, mi operador. Se movió hacia mí, tratando de impedir que siguiera al monstruo — respondió Sanabria —. El... ser desapareció tras una grieta cercana y, por más esfuerzos que hicimos, ya no volvimos a verlo más.

CAPÍTULO III

Se hizo un silencio, que rompió la gimiente voz de Marilyn Bewter. Leni se precipitó en su ayuda.

— Traeré más café — dije.

— Sí — convino mi amo—. Creo que todos lo estamos necesitando.

Mientras preparaba la infusión, continué escuchando el diálogo entre los dos hombres. Leni procuraba calmar a Marilyn, que parecía hallarse al borde de la locura, aunque sin extremos aparatosos de gritos ni convulsiones.

— Lo que no me explico — dijo mi amo — es, suponiendo que Pierre haya podido convertirse en ese horrible monstruo, cómo pudo llegar hasta Júpiter.

— No me lo pregunte usted — respondió el explorador—. Para mí, todo es puro enigma, desde el principio hasta el fin. Ni sé cómo pueden existir seres en Júpiter, ni se me alcanza qué pueden hacer allí... ni cómo se transformó Duval en esa cosa tan espantosa.

— Pierre nunca quiso viajar por el espacio — intervino Marilyn de pronto, bastante recuperada —. No es que le diesen miedo los viajes en sí, sino que padecía claustrofobia. Podía vivir en una casa corriente y no le sucedía nada, porque abría la ventana y miraba al cielo, salía a la calle cuando quería, se iba al campo... pero en una astronave, no se puede salir a pasear, a menos que se enfunde uno en un traje espacial, y esto era aún peor para él. ¡Alguien lo llevó a Júpiter, convertido en ese ser horripilante!

— Duval pedía socorro y luego dijo: «Impidan que...» — habló mi amo—. ¿Qué es lo que tenemos que impedir, señor Sanabria?

El explorador se encogió de hombros.

— Todo cuanto usted ha visto, lo vi yo también, sólo que al natural. Pero mi operador no se perdió un solo detalle, se lo aseguro.

Volví a la sala y empecé a llenar las tazas otra vez.

— Si se permite hablar a un robot — dije—, juraría haber captado una expresión de espanto en los ojos del señor Duval.

— Sí — admitió Sanabria—. Se asustó, no sé por qué, y echó a correr, perdiéndose de nuestra vista en contados segundos. Se metió entre dos enormes bloques de hielo de amoniaco y ya no le volvimos a ver más.

— ¿Y los ojos facetados, a qué se deben? — preguntó mi amo.

— Parecían los de un insecto, pero aumentados centenares de veces — observó Sanabria—. Tal vez — añadió—, sean las pupilas que mejor convienen a un ser viviente en la mefítica atmósfera de Júpiter.

Marilyn Bewter dio de pronto un paso hacia delante. Su abatimiento de unos momentos antes había sido sustituido por una expresión resuelta y decidida.

— Pierre padecía de claustrofobia, pero yo no — dijo con voz vibrante—. Poseo una buena fortuna y no me importa gastar cuanto sea, con el fin de saber a ciencia cierta lo que ha sido de él. Y si es obra de algún ser humano, no descansaré hasta que reciba su castigo — añadió, con el seno palpitante por la emoción.

Se volvió hacia Sanabria.

— Usted es explorador espacial — dijo—. Si admite contratos para una expedición a Júpiter, le firmaré uno, al precio que me pida.

Sanabria reflexionó unos momentos. Yo le contemplé, mientras hacía entrar en juego mi circuito de análisis de factores circundantes.

Él era soltero, cosa que yo había podido apreciar al ver sus dedos desnudos de anillos. Era todo un gallardo ejemplar del género masculino, en tanto que Marilyn Bewter era una dama afligida, que necesitaba consuelo y ayuda.

Sanabria le habría prestado ese consuelo y esa ayuda gratis. Hasta habría pagado por ello.

— Iremos a Júpiter, señorita Bewter — afirmó al cabo de unos segundos.

— Gracias — murmuró la hermosa Marilyn, sinceramente conmovida.

— ¿Y usted, inspector? — preguntó Sanabria, volviéndose hacia mi amo.

— Soy policía, pero adscrito a lo Criminal, exclusivamente. No pertenezco a las P.V.O. (Patrullas de Vigilancia Orbital).

— Pero conozco dos casos al menos — alegó Sanabria—, en que ha intervenido en asuntos desarrollados fuera de su demarcación ([2]).

— Tú no sé si irás — intervino Leni de pronto—, pero yo no me pierdo esto por nada del mundo. Marilyn, si admites a una periodista en tu expedición, cuenta conmigo.

— Desde luego — accedió la pelirroja—. Y, si quieren saber una cosa, tengo buenas amistades. Me ocuparé de que el inspector venga

con nosotros, investido de una autoridad especial, para indagar sobre el presente caso. Señor Sanabria, si tiene la bondad de acompañarme, le entregaré el dinero necesario para los primeros gastos.

— Con mucho gusto, señorita Bewter — respondió el explorador.

Marilyn y Sanabria se marcharon a poco. Por indicación de mi amo, la película se quedó en casa.

Volví a proyectar el filme, deteniéndome en algunas escenas particularmente interesantes. De repente, el inspector exclamó:

— ¡Es curioso!

— ¿A qué llamas tú curioso, Ferdy? — preguntó Leni.

— Ahora que recuerdo… Duval era un brillante geólogo.

— Sí. ¿Y qué pasa?

— Hace unos días, en una reunión de inspectores del cuerpo, se comentó la desaparición de dos sujetos, ambos bastante conocidos en sus campos respectivos. No recuerdo ahora bien sus nombres, dado que las desapariciones no habían sido denunciadas en la comisaría, pero sé que uno de ellos era ingeniero de minas y el otro también un reputado geólogo. Me pregunto si esas desapariciones, tendrán algo que ver con lo que le ha ocurrido al pobre Duval.

— Una mera casualidad — dijo la chica, mientras yo recogía el proyector.

Kastell meneó la cabeza.

— No sé, no sé… —dijo.

Y luego cambiaron de conversación.

Pero lo que dijeron a continuación no les importa a ustedes, ni a mí tampoco.

¡Cosas de enamorados!

Los robots estamos exentos de semejantes «debilidades».

* * *

Marilyn Bewter podía haber llegado abatida y deprimida a casa del inspector Kastell, pero de lo que no cabía duda era que, cuando se ponía en movimiento, sabía ser una mujer enérgica y activa.

Cuarenta y ocho horas más tarde, mi amo había recibido el nombramiento de comisario especial para investigar el «caso Duval». El asunto, por indicación de Kastell, con una anuencia de sus superiores y, por supuesto, de las partes interesadas — Sanabria Y Marilyn—, se mantendría en secreto hasta el momento conveniente.

Como había cosas que yo no podía resolver, permanecí en casa mientras los humanos luchaban con la burocracia.

Un criado, o un mayordomo auténticos, habrían echado mano del Jerez y de los cigarros de su amo, en los ratos de descanso. A mí me estaba vedado semejante placer por mi condición robótica. ¡Lo bien que lo hubiera pasado contemplando la televisión, bebiendo el vino y fumándome un buen habano!

Pero lo único que podía hacer era contemplar lo que aparecía en la pantalla pequeña y grabarlo en mis circuitos mnemotécnicos. Algunos programas — ¿hace falta que lo subraye? — eran verdaderos «rollos». Otros resultaban sumamente agradables. Todos, a fin de cuentas, podían serme útiles un día u otro, para recordar cosas que almacenaba en mi memoria mecánica que no fallaba jamás.

Los únicos programas que no me gustaban eran los de ciencia-ficción.

¡Venirle con películas futuristas a un robot! ¡Qué tontería!

Aquella noche, sin embargo, dieron un programa científico, a cargo del profesor Cassani, una autoridad en metales, descubridor de un nuevo elemento metálico, al cual había dado el nombre de «cassanio», derivado, lógicamente, de su apellido.

El profesor Cassani «nos» habló del «cassanio», un nuevo metal tan ligero como el papel de fumar, tan flexible como la goma y tan resistente a la tracción como el acero, además de ser superior al cobre en conductibilidad.

Lo que se dice la joya de los metales.

Sólo tenía un inconveniente: su precio elevadísimo.

Un gramo de «cassanio» valía el doble que un gramo de diamante — cinco quilates—. El profesor anunció que estaba trabajando para conseguirlo en cantidades que permitiesen su abaratamiento y utilización industrial, aunque también afirmó que dicho proceso llevaría bastante tiempo.

Enseñó una tira de «cassanio» de unos cincuenta centímetros de largo, por diez de ancho y grosor de una décima de milímetro. Ayudantes del estudio de la televisión montaron diversos aparatos para realizar pruebas con aquel trozo de metal.

Me quedé admiradísimo. Llegaría un día, pensé robóticamente, que mis estructuras metálicas serían de «cassanio». Ello suprimiría espacio y peso y, por tanto, permitiría aumentar el número de mis circuitos. Cuando el precio del «cassanio» se pusiera a nivel del de otro metal cualquiera, acero por ejemplo, las ventajas que se derivarían para la civilización serían incalculables.

La conferencia terminó y yo apagué la televisión.

Durante unos momentos, permanecí en el sillón, reflexionando, si la palabra se puede emplear en el caso de un robot, sobre cuando acababa de ver y escuchar. Conecté los circuitos correspondientes y reproduje de nuevo, palabra por palabra e imagen por imagen, la conferencia que acababa de tener lugar.

Entonces me percaté de un detalle.

El profesor Cassani no había mencionado el lugar donde había encontrado el metal al cual había impuesto su nombre.

Tal vez, me dije, era un astuto comerciante, además de un magnifico experto en metales, y quería explotar él solito su descubrimiento. Cassani era relativamente joven y no mal parecido del todo, de modo que no resultaba ilógico que deseara labrarse una fortunita como premio a sus arduos trabajos.

El timbre de llamada interrumpió de repente mis reflexiones.

Abrí la puerta. Leni entró, airosa y desenvuelta, como de costumbre.

Detrás venía una montaña de paquetes, sostenida por dos brazos y dos piernas.

— Hola, Rocky, saco de tuercas — me saludó la chica—. Prepáranos dos «bombas», ¿quieres?

Empecé a quitar paquetes de las manos de mi amo.

— Soy de la Liga Antialcohólica — dije virtuosamente.

— Porque no puedes probar el vino. — Leni me sacó la lengua —. Ya sabes, dos partes de ginebra...

— Ponle una copita de anisete — dijo mi amo—. Es la bebida adecuada para una señorita.

— Dos de ginebra, una de martini y otra de coñac — terminó Leni—. ¡Al diablo con la cirrosis hepática! — exclamó, sacudiendo los pies, para tirar los zapatos al aire, uno tras otro.

Clavé los circuitos visores en el rostro de mi amo.

— Me alegro de ser un robot, señor — dije.

— Te envidio — contestó el inspector, sonriendo.

Dejé los paquetes sobre una mesa y me dispuse a preparar las bebidas. En aquel momento, sonó el timbre del visófono.

Leni se me anticipó. Pulsó el botón de comunicación y dijo:

— Casa del inspector Kastell.

— ¡Leni! — exclamó una voz hombruna, conocida de todos nosotros—. ¿Está Ferdy ahí?

— Sí, Ricardo — contestó la chica—. ¿Ocurre algo?

— Dile que se ponga, Leni, por favor. Es muy urgente.

Me aparté a un lado, aunque no pude evitar que el circuito de la

curiosidad se me disparase solo. Atisbé por encima de los hombros de los dos humanos y pude ver que el rostro del explorador reflejaba una gran ansiedad.

— Hable, Ricardo — dijo Kastell—. ¿Qué le pasa?

— ¿Recuerda usted a Ramírez, mi cámara? Fue el que impresionó las imágenes del monstruo que decía ser Pierre Duval.

— Sí, claro, aunque no le conozco.

— Vine a su casa, a fin de concretar algunos detalles acerca de la expedición…

— ¿Y bien?

— Lo encontré muerto. Asesinado — exclamó Sanabria en tono dramático.

Hubo una pausa de silencio. Duró un par de segundos.

Mi amo dijo:

— ¡Aguarde ahí, Ricardo! ¡No se mueva ni toque nada! ¡Acudiré lo más pronto que pueda!

Leni empezó a buscar sus zapatos como una loca. El inspector me dio una orden:

— Prepara el helichorro, Rocky.

— ¿Voy yo con usted?

— Por supuesto — contestó mi amo.

CAPÍTULO IV

En los casos que podríamos llamar de rutina, me abstengo de intervenir. Dejo el asunto para los humanos. ¡Si tuviese que ir con mi amo cada vez que actúa en una violación de la ley!

Pero hay otros casos especiales, por su complicación, en que mi amo me lleva consigo. Por supuesto, mi papel es el de una mera grabadora de imágenes y de sonido, que puedo reproducir instantáneamente, con toda fidelidad, a fin de ayudarle en sus investigaciones.

Las leyes no admiten como válido el testimonio de un robot en un juicio, no porque sea menos fiel que el de un humano, sino porque se considera que un robot, por muy perfeccionado que sea, no tiene capacidad legal en todos los sentidos. Pero no se rechaza su colaboración en el esclarecimiento de un delito, como no se rechaza tampoco la colaboración de una cámara cinematográfica o de una grabadora de sonido.

Así pues, una vez alistado el helichorro e instalados los tres, lo puse en movimiento y nos elevamos raudamente.

Tardamos un poco más en llegar, debido a que nos resultó preciso volar por los canales normales de tránsito aéreo. El helichorro de mi amo era particular y no podía utilizar la preferencia de paso, a que en otras circunstancias hubiera tenido derecho. La cosa se estaba llevando en secreto y no convenía propagarla.

Media hora más tarde, aterrizamos en la azotea del rascacielos donde había vivido Ramírez. Descendimos al piso indicado y llamamos a la puerta.

Sanabria nos abrió de inmediato. Tenía el rostro pálido, aunque conservaba su entereza.

— Pasen — invitó.

Entré el último, claro, para eso soy un robot. Leni, tras el primer momento de impresión, se rehízo y empezó a tomar placas del cadáver, con la microcámara que siempre lleva consigo.

Kastell le advirtió:

— No publiques ninguna fotografía sin mi permiso. Esto es oficial, Leni.

— Pero no podrás prohibirme que las tome, ¿verdad?

El inspector se enfrentó con Sanabria.

— ¿Qué puede usted decirme sobre el particular, Ricardo?

— Lo que está viendo, Ferdy. No he tocado nada desde que entré y vi a Ramírez muerto.

El cámara tenía dos balazos en el pecho. La casa aparecía completamente revuelta.

— El asesino buscaba algo — dijo Kastell.

— Sí. La película que impresionamos en Júpiter.

— ¿Sabe si se la llevó?

— No creo que haya conseguido nada. Ramírez usaba película de revelado y positivado instantáneo y el filme se quedó en su casa, Ferdy.

Mi amo se frotó la mandíbula con aire perplejo. A primera vista, parecía un crimen vulgar y corriente.

Sólo los que estábamos en el secreto sabíamos que había algo más detrás de los dos proyectiles que habían acabado con la vida del cámara.

— Era un buen y leal amigo — dijo Sanabria, crispando las manos —. Si un día logro encontrar al maldito que...

— Ricardo — le atajó mi amo—, tenga en cuenta que hay una justicia y unos hombres encargados de aplicarla y de hacer respetar sus leyes. No pretenda irrumpir en esferas que no son las suyas. Deje que se encarguen de ello quienes deben hacerlo.

Sanabria suspiró.

— Sí, supongo que sí — dijo con voz sorda—. Pero era un buen amigo y el golpe ha resultado muy duro.

— Lo comprendo — murmuró el inspector. Miró en tomo suyo y advirtió el visófono sobre una mesa. Movió una palanquita y pidió que le pusieran en comunicación con la comisaría del distrito a que pertenecía el edificio en que nos hallábamos.

El resto no merece la pena relatarse, porque no tuvo nada de particular y sí mucho de rutinario. Los agentes de policía que registraron la casa a fondo no encontraron nada de particular, en vista de lo cual mi amo dispuso que regresáramos a la suya.

— Véngase con nosotros, Ricardo — invitó.

El explorador aceptó. Le convenía distraerse un poco.

Cuando llegamos a casa, nos encontramos con una gran sorpresa.

Todo estaba revuelto, en el más completo desorden. Parecía que hubiera pasado por allí una horda de bárbaros invasores.

Mi amo se quedó con la boca abierta de par en par, su gesto favorito cuando algo le asombraba. Delicadamente, subí la mandíbula inferior y se la cerré.

El explorador dijo:
— ¡Cuernos!
Y Leni:
— ¡Cielos!
Luego se volvió hacia su novio.
— Pero Ferdy, ¿qué ha pasado aquí?
— No sé más de lo que sabes tú — gruñó mí amo de malísimo humor—. Me pregunto qué habrán estado buscando los ladrones.
Sanabria le miró de hito en hito.
— Honradamente, Ferdy, ¿puede usted calificarles de ladrones comunes y vulgares? ¿Es que no se imagina lo que vinieron a buscar?
El inspector permaneció quieto un instante. Luego, se precipitó como un loco hacia el interior, camino de su despacho, que era donde había guardado el filme impresionado por Ramírez en Júpiter.
— ¿Adónde va usted? — pregunté.
— A buscar la película — me contestó por encima del hombro —, aunque de sobra me imagino que es una pérdida tonta de tiempo. Se la habrán llevado...
— Se la habrían llevado — dije yo, desconectando el circuito de la modestia—, si no contase usted con la joya de los robots.
Y luego emití un par de virtuosos carraspeos, para acabar sacando del bolsillo una cajita plana, redonda, de diez centímetros de diámetro, por uno de grueso.
— Su película, inspector — añadí.
Sanabria no pudo contener una sonrisa.
— Rocky tiene razón: es la perla de los robots.
— Mil gracias, señor — contesté, inclinando ligeramente la cabeza.
Mi amo tomó la cajita con la película.
— Rocky, ¿cómo diablos se te ocurrió...?
— Imaginé que habría alguien a quien no le interesaría que se divulgase el contenido de ese filme — respondí—. Y cuando usted me ordenó preparar el helichorro, di la vuelta a la casa, entré por la puerta de la cocina, me dirigí a su despacho...
— ¡Basta, Rocky! — cortó mi amo. Me miró un instante de mala gana y luego se echó a reír—: Voy a enviarte a la fábrica para que te revisen a fondo y te supriman un circuito.
— ¿Cuál, señor, si puede saberse?
— El de la curiosidad..., aunque bien es verdad que, gracias a él, seguimos con la película en nuestro poder. — Se volvió hacia el

explorador —. Ricardo, ¿qué pasa aquí? ¿Por qué tienen tanto empeño en recuperar esa película? Me imagino — agregó — que se debe a que no quieren que se divulgue su secreto, pero ¿qué hay además de ello?

— Lo ignoro, Ferdy — respondió el explorador—.

Sé tanto como usted y cualquier otra pregunta que me haga al respecto no podré contestarla.

— Está bien — intervino Leni con gran sentido práctico—; puesto que no se puede hacer otra cosa, lo mejor sería arreglar la casa un poco.

— Que lo haga Rocky — gruñó mi amo—. Tú harías mejor preparándonos un poco de cena.

— Conforme.

Refrigeré el circuito de la resignación. Así son los humanos, dejándonos a los robots las tareas más penosas. No le extrañe al lector, pues, que mi personaje favorito sea Espartaco, el guía y jefe de la rebelión de los esclavos contra los romanos.

Una hora después, la casa había recobrado buena parte de su aspecto normal. Leni había preparado una sustanciosa cena para los humanos, quienes se pusieron a consumirla inmediatamente, sin dejar de comentar lo ocurrido en las últimas horas.

De pronto, sonó el timbre de llamada del visófono.

— ¡Atiéndelo, Rocky! Si es un pelmazo, dile que no estoy — ordenó mi amo.

— Usted sabe que un robot tiene prohibida la mentira— objeté.

— Está bien — rezongó el inspector—. Anda, mira a ver quién es.

Me acerqué al aparato y pulsé el botón de contacto. La pantalla se iluminó en el acto y la bella cara de Marilyn Bewter apareció en ella inmediatamente.

— Rocky — dijo con voz temblorosa por el espanto—, ¿está ahí el inspector?

— Sí, señorita Bewter — respondí—. ¿Le necesita?

La hermosa pelirroja movió afirmativamente la cabeza. La transmisión era en colores naturales y pude apreciar que su rostro tenía una blancura de nieve.

— Rocky... —habló Marilyn de nuevo, de tal modo que parecía ir a desmayarse de un momento a otro —, di a tu amo que venga o... o...

El inspector se levantó de un salto y se acercó a la pantalla.

— ¡Marilyn! ¿Qué le ocurre? — preguntó, alarmado.

— Está... está en la habitación de al lado... Me he cerrado con

llave, pero… — la pelirroja aparecía aterrada y casi no podía hablar.

— ¿Quién es el que está en la habitación de al lado?

— El… el monstruo… Ha venido… pero pude verle a tiempo y me cerré con llave… Está tratando de forzar la puerta…

De repente, se oyó un fuerte estallido. Marilyn exhaló un penetrante alarido.

Leni y el explorador se agolparon junto a nosotros, frente a la pantalla. En el mismo instante, una poderosa fuerza hacía saltar en astillas la puerta de la estancia en que se hallaba Marilyn.

Creí que se me iba a fundir el circuito captor de imágenes. Si Marilyn gritaba, Leni no le iba a la zaga.

Un espantoso ser, idéntico en todo al que Ramírez había fijado en imágenes con su cámara, acababa de irrumpir en la habitación y se dirigía hacia la pelirroja.

— ¡Huya, Marilyn! — gritó mi amo a la aterrorizada muchacha —. ¡Escape por la ventana! ¡Pronto, antes de que sea demasiado tarde!

Aquellas palabras parecieron obrar como un revulsivo en Marilyn. Girando sobre sus talones, se encaminó hacia la ventana del lado opuesto, la abrió y casi se tiró de cabeza a través de ella, en su ansia por escapar del monstruo.

El ser reptó hasta las proximidades de la mesa donde se hallaba el visófono. Fascinados, contemplamos sus movimientos en un silencio casi absoluto.

Emitió un seudópodo, de la misma forma que ya conocíamos. De pronto, con un gesto de ira, movió aquel horrible brazo y golpeó el aparato.

La comunicación se cortó instantáneamente.

CAPÍTULO V

Unos treinta minutos más tarde, nos hallábamos en casa de Marilyn Bewter.

La pelirroja vivía en las afueras de la ciudad, en una casa rodeada por un pequeño jardín. Gracias a ello, había podido escapar por la ventana de los ataques del monstruo.

Detuve el helichorro en un lugar despejado del jardín. Los dos hombres saltaron fuera en el acto, provistos de sendas pistolas térmicas, capaces de convertir a un hombre en un pedacito de carbón, en una fracción de segundo.

Además, llevaban dos potentes linternas eléctricas.

La casa tenía las luces encendidas, pero aparecía sumida en el más profundo silencio.

— ¡Marilyn! — gritó el explorador.

— ¡Aquí! — sonó una voz por encima de nuestras cabezas.

Mi amo contuvo una sonrisa.

— Baje, Marilyn — dijo en tono tranquilizador—. Ahora nos tiene a nosotros para protegerla.

La chica se descolgó del árbol al cual había trepado en su frenética huida. Leni la acogió en sus brazos y procuró calmarla.

— Vamos, Ricardo — dijo mi amo, encaminándose hacia la casa.

Marilyn temblaba como hoja sacudida por el vendaval.

— El... el monstruo se ha marchado ya, pero no quise moverme del árbol... hasta que llegarais vosotros... — explicó.

— Tranquilízate, querida— dijo Leni—. Ferdy y Ricardo están armados y lo matarán, si intenta algo hostil contra nosotros.

El inspector se asomó a la ventana más próxima al cabo de unos segundos.

— ¡No está! ¡Pueden entrar!

Nos acercamos a la casa. Al cruzar el umbral, pudimos damos cuenta de que aparecía completamente revuelta.

— También aquí buscaban la película, por lo que se ve — comentó Sanabria.

— Sí — convino mi amo—, pero ¿por qué vino un ser de esa clase y no una persona normal?

Nadie supo dar una respuesta congruente a dicha pregunta. El inspector se volvió hacia la pelirroja y rogó:

— Marilyn, por favor, explíquenos lo sucedido.

Leni, práctica como siempre, empezó a buscar por aquel maremágnum, hasta que encontró una botella y varias copas. Hizo que Marilyn tomara unos sorbos de licor, que la reanimaron de modo notable y luego nos dispusimos a escuchar el relato.

Fue breve. Marilyn dijo:

— Estaba sola en casa. Oí un golpe en la puerta y salí a abrir. Vi… a la «cosa» fuera, mirándome con ojos que parecían querer abrasarme con la mirada… Cerré en el acto, pero debe tener una fuerza descomunal, porque hizo saltar la puerta al segundo o tercer intento… Me refugié en esta habitación, oyendo los ruidos que hacía en la otra…

Leni le dio otro sorbo de licor. La pelirroja se ahogaba.

— No sabía qué hacer — continuó—. De pronto, se me ocurrió llamarle a usted… Hubiera avisado a la policía, pero habíamos quedado en que es preciso mantener el asunto en secreto y…

— Hizo bien — aprobó mi amo—. Continúe, Marilyn.

— Ya no hay mucho más que contar. El monstruo rompió la puerta cuando estaba hablando con usted y yo escapé por la ventana… Supongo que luego debió escapar.

— ¿Se fijó la dirección que tomó al marchar?

— No. En lo único que pensaba era en salvarme. Creí que el árbol sería un buen refugio… No había trepado a un árbol desde que era una chiquilla…

Sanabria contuvo una sonrisa. Tomó una mano de la pelirroja entre las suyas y la oprimió con gesto afectuoso.

— Todo ha pasado ya, Marilyn. No tiene por qué sentir temor alguno. Estamos nosotros para protegerla e impediremos a toda costa que sufra el menor daño.

Marilyn pareció sentirse mucho mejor. Entonces, yo, antes de que nadie me lo indicase, dije:

— Voy a reparar el desorden.

Empecé a trabajar. Por segunda vez en una noche, me veía obligado a arreglar los destrozos causados en una vivienda.

Oí parte de la conversación que sostenía los humanos.

Sanabria dijo:

— Lo que no me explico es por que aquí vino un monstruo y no a casa de Ramírez. Mi cámara vivía en el centro de la ciudad; un ser de ese género no habría pasado inadvertido.

— Tal vez vino a casa de Marilyn, porque prácticamente, se halla en descampado — contestó mi amo. — Todo son edificios residenciales, rodeados de jardines, es mucho más tarde ya… y un ser como el que dijo llamarse Duval puede deslizarse sin ser

advertido.

De repente, mis objetivos visores captaron la imagen de un trozo de papel tirado en el suelo, en medio de un grupo de libros que habían sido arrojados de sus estanterías.

Mi circuito de la curiosidad entró en conexión. Inclinándome, recogí el papel, del tamaño de una cuartilla, en el que, con letras gruesas y mal trazadas, podía leerse:

Avenida 60, 2.083. ¡Ayúdenme!

— ¡Amo! — llamé en tono fuerte.

El inspector compareció inmediatamente, seguido de Sanabria. Le tendí el papel, en silencio.

Kastell leyó la frase. Luego miró al explorador.

— ¿Qué opina usted de esto? — preguntó.

— Puede tratarse de una trampa — repuso Sanabria, tras unos segundos de reflexión.

— Hay una cosa que me llama la atención —dijo mi amo en tono pensativo —. Las letras tienen un trazado muy irregular. Diríase que la mano que escribió este mensaje estaba poco práctica en el uso de la pluma.

— Sí... Oiga — exclamó Sanabria de pronto—, los caracteres son muy parecidos a los que escribió Duval en Júpiter. No es la misma letra — agregó—, pero tienen rasgos comunes.

Hubo un momento de silencio.

— La Avenida Sesenta está relativamente cerca de aquí — dijo el inspector al cabo —. Ricardo, ¿se atrevería usted a venir conmigo?

— La pregunta sobra — respondió el explorador sin vacilar.

— Muy bien. Entonces no perdamos un segundo.

Leni y Marilyn se enteraron de los propósitos de los dos hombres. Naturalmente, ¿cómo no?, dijeron que formarían parte de la expedición.

— Yo soy periodista — arguyó la novia de mi amo.

— Y yo, estando al lado de ustedes, no tengo miedo — afirmó la pelirroja—. Si pasé miedo cuando vino el monstruo, fue porque estaba sola y no tenía un arma a mano.

Ya no se discutió más. Salimos de la casa.

A fin de no llamar la atención, decidimos ir a pie. La dirección indicada, según señaló el inspector, estaba a menos de diez minutos de camino, aún más hacia las afueras de la ciudad.

Tal vez por esa razón había aparecido el monstruo en la casa de Marilyn.

Al término del plazo indicado, avistamos el número 2.083. Era el último de la Avenida y estaba separado del más próximo por un espacio superior a los cien metros.

Había una tapia muy alta que lo separaba de las miradas indiscretas, pero la puerta estaba abierta de par en par. Empuñando su pistola térmica, Kastell asomó la cabeza y miró hacia el interior del jardín.

— Hay una luz en la casa, pero no se oye el menor ruido — informó.

— Vamos dentro — dijo el explorador.

Cruzamos la puerta y caminamos por el sendero enarenado que conducía al edificio, cuya puerta de entrada hallamos también abierta de par en par.

Un silencio abrumador gravitó sobre nosotros. Vimos una silla volcada en el vestíbulo, junto a la entrada, lo cual nos hizo sospechar que se había producido una huida precipitada... ¿de quién?

La casa estaba desierta. No encontramos a ninguna persona viva en su interior.

De pronto, Kastell se percató de un detalle.

— ¿Dónde está Leni?

Antes de que nadie pudiera contestarle, sonó un agudo chillido.

— ¡Ferdy, ven!

Mi amo se lanzó hacia delante a la carrera. Los demás le seguimos en el acto.

Leni se había separado del grupo sin que nos diéramos cuenta. Estaba en una habitación situada en el extremo opuesto del edificio, en cuyo centro divisamos al monstruo.

Muerto.

Tenía el cuerpo atravesado por una docena de balazos, la mitad de los cuales se hallaban en la protuberancia que era la cabeza. Un líquido amarillento, de consistencia siruposa, había brotado por los agujeros abiertos por los proyectiles, derramándose por el pavimento de la habitación.

El ser tenía los brazos extendidos fuera del cuerpo. Debía de haber poseído una vitalidad prodigiosa, porque, con doce balas en el cuerpo, aún le habían quedado fuerzas para escribir algo en el suelo con su propia sangre... si sangre se podía llamar a aquel repugnante líquido.

Soy Alex Wirrow. Avisen A...

— ¡Alex Wirrow! — exclamó mi amo, vivamente sorprendido.

— ¿Le conocía usted? — inquirió Sanabria.

— No. Pero hace pocos días, en una conferencia de jefes de Comisaría, se mencionaron los nombres de personas desaparecidas. El de Alex Wirrow se citaba en la lista.

Sanabria se inclinó sobre los restos del monstruo que, en sus últimos instantes, había afirmado ser Alex Wirrow. Mientras tanto, mis circuitos visores captaron la imagen de una trampilla situada en el suelo, en el ángulo opuesto de la habitación.

— Wirrow era ingeniero de minas — añadió mi amo—. Otro de los desaparecidos era geólogo.

— Pierre también era geólogo — dijo Marilyn.

En aquel momento, un ruidito extraño influyó sobre mi micrófono receptor de sonidos. Orienté la cabeza hacia el lugar de donde procedía el ruido y, casi en el acto, me quedé helado de espanto... si es que esa frase está bien empleada en el caso de un robot.

— Amo — dije—, saque su matamoscas. Lo va a necesitar.

Marilyn y Leni volvieron la vista al mismo tiempo. También, simultáneamente, empezaron a gritar.

Sanabria lanzó una exclamación y se puso en pie de un salto.

— ¡Santo Dios! ¡Qué horrible!

Algo salió por la escalera que arrancaba de la trampilla y que daba a un subterráneo. Era una mosca del tamaño de un perro lobo.

CAPÍTULO VI

El monstruoso insecto nos contempló durante unos segundos con sus ojos de múltiples facetas. En su tamaño normal, una mosca no tiene una apariencia agradable. Auméntenla ustedes hasta que alcance el tamaño señalado y verán lo que pasa.

La mosca se movía con dificultad, esto era obvio. Su tamaño y su peso habían aumentado, naturalmente, pero la fuerza de sus patas no se había incrementado en la misma proporción.

Por supuesto, no hubiera podido volar. Existe una relación de tamaño y peso que es muy difícil alterar en el equilibrio de la Naturaleza. Si un hombre adquiriese de repente un tamaño de tres o cuatro metros, sus piernas no podrían sostener el aumento de peso. Los huesos se le estarían quebrando a cada momento.

Quizá el «constructor» de aquella mosca descomunal había reforzado sus patas. Pero aún así, era claramente visible que sólo podía moverse con grandes dificultades.

Sanabria levantó la pistola.

—No la mate — dijo mi amo—. Tenemos que capturarla viva.

— Sí, pero ¿cómo? — preguntó el explorador.

El inspector miró en torno suyo y descubrió al fondo un armario empotrado. Lo abrió y examinó rápidamente su interior.

— Vamos a ver si podemos encerrarla aquí — dijo —. Rocky, busca palos, garrotes o alguna cosa que sirva para hostigarla.

Pasé a la habitación contigua. Lo único que podía hacer era destrozar una mesa y arrancarle dos de sus patas, que entregué a renglón seguido a los dos hombres.

Leni y la pelirroja se habían refugiado en un extremo de la estancia y contemplaban al enorme insecto con ojos atemorizados.

Kastell y Sanabria se acercaron al animal, con los garrotes empuñados en una mano y las pistolas en la otra. Acosándole con pequeños golpes de punta, le hicieron cruzar la habitación muy lentamente, en dirección al armario.

Cada vez que la mosca se desviaba, un palo le tocaba en uno de sus costados, haciéndola volver de nuevo al camino deseado. En todo el tiempo, el insecto no intentó siquiera desplegar sus alas.

Lo único que hizo fue emitir una especie de zumbido de irritación, apenas perceptible. Pero el acoso era demasiado insistente y no se hallaba en condiciones de resistirse.

Minutos después, Kastell cerraba la puerta del armario y echaba la llave.

— Bien, ya está segura. Los biólogos se encargarán de ella.

— ¿Vamos al sótano? — propuso Sanabria.

— Sí. Las mujeres que se queden aquí —ordenó mi amo —. Puede haber más insectos.

Descendí tras ellos, encontrándonos con una vasta habitación de elevado techó, llena de aparatos científicos de todas clase. Algunos eran como grandes jaulas de vidrio, conectadas por gruesos cables a unos aparatos que parecían de control y medida, o bien centrales suministradoras de energía. Ninguno de los tres supimos comprender el objeto del laboratorio, aunque bien nos suponíamos que, de alguna manera, debía de estar relacionado con el monstruo que había escrito su nombre antes de morir.

Mas aun así, el asunto iba cobrando también la intriga suficiente como para hacer enloquecer a un batallón de detectives.

¿Qué relación había entre aquel molusco humano y una mosca del tamaño de un perro lobo?

De pronto, mi amo dejó escapar un aullido que hizo temblar los vidrios.

— ¿Qué ocurre, Ferdy? — preguntó el explorador.

— Mire, Ricardo.

Me acerqué al lugar, con el circuito de la curiosidad al máximo de voltaje. Cada vez que uno ve cosas semejantes, se alegra de ser un robot y no un humano, palabra.

Así no puedo estremecerme de horror, aunque bien es verdad que, en tales ocasiones, algunos de mis circuitos padecen bastante.

Pero estoy bien construido y resisto, como resistí en esta ocasión al ver lo que nos estaba enseñando mi amo.

Eran dos ojos de mosca, aumentados centenares de veces, sumergidos en sendos bocales de vidrio, llenos de una solución de un líquido totalmente transparente.

Los ojos parecían miramos con expresión diabólica. De lo que no cabía la menor duda, en medio de la serie de enigmas que nos planteaba aquel caso espeluznante, era que se trataba de la obra de algún loco.

Pero de un loco con una superinteligencia, que le había llevado a «fabricar» aquellos monstruos. ¿Para qué? ¿Con qué fines?

— Regresemos — dijo mi amo al fin.

Volvimos al piso superior. Las dos mujeres se habían retirado a una habitación contigua, para que no tuvieran que presenciar el horror del cadáver del monstruo.

El inspector empezó a registrar la casa. Pronto supo a quién pertenecía.

Renzo Zovenn, biólogo, era su propietario.

— ¿Quién es ese tipo? — preguntó el explorador.

— Pronto lo averiguaremos — contestó mi amo.

Y usando el visófono de nuevo, llamó a cierto lugar donde siempre había un hombre de la Policía, dispuesto a facilitar informaciones ultraconfidenciales.

En esta ocasión, sin embargo, la información nos dijo poco más que lo que ya habíamos conseguido averiguar. Mi amo reflexionó durante algunos segundos y luego volvió a hacer otra llamada.

El doctor Wolseley era uno de los más reputados biólogos y se enfadó muchísimo cuando Kastell le despertó a las tres y media de la madrugada.

— El que sea amigo de tu familia, no te da derecho a hacerme estas faenas — protestó el biólogo airadamente.

— Doctor, vístase y venga en seguida — contestó mi amo, sin hacer caso de las protestas—. Le aseguro que no lo lamentará.

Wolseley notó, por el timbre de voz de mi amo, que se trataba de algo importante y cesó en su alboroto.

— Dame la dirección, Ferdy, y pobre de ti si se trata de una ternera de dos cabezas o un ratón con tres rabos — manifestó pintorescamente—. He visto tantos casos similares, que ya no constituyen ninguna novedad para mí.

— Aquí hay algo más que una ternera con dos patas, doctor — replicó el inspector sonriente, facilitándole acto seguido la dirección de la casa.

Después llamó a la comisaría y ordenó que despertasen al sargento Anders, un bravo policía, que le había ayudado en muchas ocasiones.

— No importa lo que esté haciendo — dijo Kastell—. Que lo deje todo y que venga inmediatamente a esta dirección.

El notable y nunca bien ponderado sentido práctico de Leni le había hecho encontrar la cocina, donde preparó café para los humanos. Marilyn parecía haberse recuperado bastante.

— ¿Cuándo partiremos hacia Júpiter, Ricardo? — preguntó.

— La semana próxima. Todavía me quedan algunos detalles por preparar, entre ellos, y no el de menor importancia, buscar un operador cinematográfico para registrar en imágenes todo cuanto suceda allí.

— Puede ahorrarse ese trabajo, Ricardo— terció Leni—. Yo desempeñaré ese papel gratuitamente.

— A cambio de la exclusiva de la información — dijo mi amo con sorna.

— ¿No lo harías tú, si estuvieras en mi sitio?

Kastell la miró con ojos de carnero degollado.

— Prefiero el sitio que tengo... con relación a ti, por supuesto. Me resulta mucho más agradable.

Lo cual hizo que las mejillas de Leni enrojecieran agradablemente y que Ricardo y Marilyn sonrieran de un modo harto malicioso.

El doctor Wolseley llegó por fin. Era un sujeto de sesenta años, alto, de cabellos blancos, que flotaban desordenadamente en torno a su cabeza, nariz aguileña y ojos como bolitas de acero en perpetuo movimiento.

— Hola, Ferdy — saludó con voz de trueno—. ¿Qué nuevo fenómeno de la naturaleza piensas enseñarme ahora? ¿Un perro que sabe tocar las castañuelas?

— Algo mucho más interesante, doctor — respondió mi amo sonriendo —. Para que un perro toque las castañuelas, sólo es preciso hacerle ciertas intervenciones en algunos de sus lóbulos cerebrales. Pero lo que va a ver usted es algo que ni siquiera se habría atrevido a soñar.

— Muy bien, vamos allá.

Los tres hombres pasaron a la habitación donde se hallaba el cadáver del ser. Pese a que estaba acostumbrado a ver muchas cosas, Wolseley no pudo por menos que retroceder un paso.

— ¡Cielos! ¿De dónde ha salido este animal? — preguntó.

— Del laboratorio que hay allí — indicó el explorador, señalando la trampilla que conducía al sótano —. Y también de un cuerpo humano y de una mosca.

Wolseley se volvió hacia Sanabria.

— Joven, si se trata de una broma...

— No es una broma, doctor — dijo Kastell. Le señaló el papel—. El ser escribió esto antes de morir.

Wolseley se caló las antiparras y leyó el mensaje. Luego miró al inspector de hito en hito.

— ¿Se trata de una broma, Ferdy?

— En absoluto — contestó Sanabria en lugar de mi amo—. Yo vi otro igual en Júpiter y escribió también un mensaje sobre el amoníaco helado.

— ¡En Júpiter! — respondió el biólogo.

— Tengo un filme que lo recoge todo — afirmó el explorador—. Más adelante, se lo pasaremos a usted para que lo vea.

Wolseley asintió en silencio. Se arrodilló junto al cuerpo del monstruo y lo estudió atentamente durante unos minutos.

— Me gustaría hacer su disección en mi laboratorio — dijo al cabo.

— Por eso le llamé a usted, doctor — expresó mi amo —. Pero, aguarde, que todavía no ha visto lo mejor, la *pièce de resistence*, que dicen los franceses. Rocky, coge un garrote y ayuda al señor Sanabria, mientras abro la puerta del armario.

— ¿Yo, señor? — pregunté.

— Sí, ¿por qué te extrañas? — respondió mi amo.

— Es que... Si me ataca, ¿deberé golpearla con el garrote?

— No te atacará, pero si lo hiciera, es lógico que te defendieses. Rocky, ¿qué demonios te pasa, viejo montón de tornillos? ¡Sólo se trata de un insecto!

— Es que una vez tuve un amigo robot que cayó en manos del Presidente de la Sociedad Protectora de Animales y le modificaron los circuitos de tal modo que no sólo no podía dañar a las personas, sino tampoco a los animales. No podía matar ni una mosca y...

— ¡Oh, basta ya! — exclamó mi amo—. ¡Coge ese garrote!

Agarré la pata de la mesa y me situé junto al explorador. Kastell abrió entonces la puerta y el doctor Wolseley abrió su boca.

Menos mal que la mosca era grande y no cabía en la boca del biólogo.

Pero le costó un largo rato cerrarla.

CAPÍTULO VII

Las dos mujeres estaban en casa del inspector, junto con Ricardo Sanabria.

Marilyn se había negado terminantemente a volver a la suya, al menos, mientras durase aquel estado de cosas. Y, claro está, Leni había tenido que trasladarse para hacerla compañía.

Sanabria tenía ya todo dispuesto para la partida. En aquel momento aguardábamos el regreso de mi amo.

Del doctor Wolseley no sabíamos nada. Una o dos veces, Kastell le había llamado por teléfono, pero el biólogo le había enviado al cuerno, diciéndole que le dejase trabajar en paz.

El timbre de la puerta sonó y yo crucé la estancia para abrir; Tres pares de ojos se clavaron ansiosamente en la elevada figura del inspector cuando cruzó el umbral.

Le serví una copa. Kastell miró a sus tres amigos y sonrió ligeramente.

— Hemos conseguido algo, aunque no mucho — dijo.

— ¿Qué es? — preguntó Sanabria.

— Zovenna se ha marchado a Júpiter.

— Debe de tener allí otro laboratorio — sugirió Leni.

— Tal vez, pero no sabemos el emplazamiento exacto.

— No puede estar muy lejos del lugar donde Ramírez tomó la filmación — intervino el explorador.

— Lo peor de todo — añadió Kastell—, es que Zovenna no viajaba solo en su nave. Embarcó dos grandes cajas, que parecían ataúdes de tamaño superior al normal.

— ¡Seguro que contenían dos monstruos como los que ya conocemos! — exclamó Sanabria.

— Eso opino yo. Pero lo que más me preocupa es que iba un hombre con él, un científico de fama mundial... quizá engañado.

— ¿Quién era? — quiso saber Marilyn.

— El profesor Cassani.

Mi circuito de la sorpresa se conectó en el acto.

— ¡Cassani! — exclamé.

Kastell se volvió para mirarme.

— ¿Le conoces, Rocky?

— No personalmente, por supuesto — respondí—, pero...

— Pero ¿qué?

— No hace mucho, le escuché pronunciar una conferencia acerca de su nuevo descubrimiento, el metal llamado «cassanio» — declaré.

— ¡Vaya! Ésa es una noticia nueva para mí — dijo Kastell —. Explícate, ¿quieres, Rocky?

— Con mucho gusto, señor.

Relaté detalladamente, aunque en forma abreviada, cuando había dicho el profesor Cassani en su conferencia. Por supuesto, y dada la perfección de mis circuitos memorísticos, habría podido reproducirla palabra por palabra, pero en aquellos momentos bastaba con conocer lo más importante.

— Sin embargo — concluí —, observé un detalle que me intrigó mucho.

— ¿Cuál? — quiso saber mi amo.

— Que no dijo dónde había encontrado el «cassanio».

Kastell miró a Sanabria.

— Un metal con esas cualidades es valiosísimo y no sólo en lo que pudiéramos llamar valor monetario, de compra, sino por sus propiedades. El hombre que posea la exclusiva de su explotación, venta y distribución se hará riquísimo.

— Tal vez eso es lo que pretende Zovenna — sugirió el explorador.

Llamaron a la puerta en aquel momento.

Era el sargento Anders. Traía cara de fatigado y le serví una copa que agradeció muchísimo.

— ¿Algo nuevo, sargento? — preguntó Kastell.

— Sí. Tengo los nombres de algunas personas desaparecidas hace algunas semanas. Hombres y geólogos — respondió Anders —. Y, entre ellas, una mujer.

— ¡Deben de ser los que viajaban dentro de los cajones que Zovenna se llevó a Júpiter! — exclamó Sanabria, muy excitado.

— Tal vez — convino Anders—. Pero no podemos demostrarlo.

— Hasta que estemos allí — dijo Marilyn con voz firme.

El timbre sonó de nuevo.

Esta vez era el doctor Wolseley. Las existencias de jerez de mi amo empezaron a reducirse de forma peligrosa.

El biólogo se derrumbó sobre un sillón. Aparecía con el pelo revuelto, como de costumbre, pero en esta ocasión, además, tenía los ojos circundados por unos profundos círculos violáceos, que le conferían una indudable expresión de fatiga.

— He adelantado bastante — dijo al cabo de unos momentos.

— ¿Y...? — murmuró mi amo.

— El cuerpo de Wirrow fue transformado, remodelado, diría yo, a fin de que pueda soportar elevadas presiones gravitatorias, sin perjuicio alguno para su organismo. Es una transformación casi total, por no decir absoluta, salvo en el aparato respiratorio, — que, aun así, aparece muy cambiado—, el cual continúa adaptado a la atmósfera terrestre.

— Pero ¿y los ojos? ¿Qué utilidad tiene colocarle los ojos de una mosca engrandecida artificialmente? — preguntó el explorador.

— Examiné los que Zovenna tenía conservados en los bocales. Puesto que la mosca que capturaron ustedes está aún viva, y no me atrevo a matarla, a fin de seguir estudiándola más adelante, tuve que realizar mis experimentos a base de aquel par de ojos.

— ¿Y qué es lo que ha averiguado? — preguntó Leni, ardiendo en impaciencia.

— A cortas distancias, tienen un poder de aumento increíble.

Mi amo se quedó desconcertado.

— Pero no lo entiendo — dijo—. Un ser humano, aunque esté transformado en un monstruo, no necesita nuevos ojos. Si quiere ver aumentado algún objeto, puede emplear una lupa, unos lentes especiales... cualquier aparato auxiliar, en fin, sin necesidad de recurrir a un procedimiento tan horripilante.

— He forjado una hipótesis — declaró el biólogo—, pero no puedo probarla en tanto no tenga más datos.

— ¿Qué hipótesis es? —preguntó Sanabria.

— Son ojos especiales o adecuados para ver en una atmósfera distinta de la terrestre.

Sobrevino un momento de silencio.

Al fin, el explorador dijo:

— Teniendo en cuenta que el primer monstruo que vimos...

— ¡Ricardo! — protestó la pelirroja.

— Lo siento — se excusó Sanabria.

— Aquel monstruo era mi prometido — dijo Marilyn, con voz temblorosa.

— Dejémonos de matices — rezongó Kastell—. ¿Decía usted, Ricardo...?

— Bien, teniendo en cuenta que el primer humano transformado fue visto en Júpiter, no tiene nada de extraño que les hayan adaptado ojos de mosca a sus nuevos cuerpos.

— Pero en la Tierra también los llevaban — objetó Leni.

— Sí — admitió Sanabria—. Sin embargo, aquí se movían con relativa lentitud. En Júpiter, Duval, se desplazaba al paso de una persona, pero cuando huyó, ni un purasangre al galope habría sido

capaz de alcanzarlo.

Kastell cerró la discusión, diciendo:

— Esto no lo sabremos hasta que nos encontremos en Júpiter. ¿Cuándo partimos, Ricardo?

— Faltan los últimos toques... pasado mañana — afirmó el explorador.

— ¿Piensan ir todos los presentes? — inquirió el biólogo.

— Por supuesto — inquirió Marilyn.

Wolseley miró a Kastell.

— Ferdy, no te perdonaría que me dejases en tierra. Iré también con vosotros, y si tratas de oponerte...

Mi amo sonrió con malicia.

— Eso me evita pedirle que nos acompañe, doctor— le interrumpió.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, nos hallábamos todos en el astropuerto: las dos mujeres, mi amo, ¡Sanabria, el biólogo y Anders.

Seis en total, con los elementos suficientes para sobrevivir en la superficie del gigante del sistema solar.

Digo seis, porque yo no debo contarme como humano, pero, en realidad, éramos siete los ocupantes de la nave que Sanabria tripularía en persona.

Las P.V.O. estaban advertidas ya. Dos naves habían sobrevolado Júpiter, en las cercanías del lugar donde se suponía debía hallarse Zovenna con sus presas, sin que, hasta el momento, se hubiesen tenido noticias del biólogo que creaba monstruos.

— Eso es que tiene su laboratorio infernal muy bien escondido — comentó mi amo, mientras nos sujetábamos los cinturones de seguridad.

La nave zarpó poco después. Como explorador, Sanabria disponía de uno de los últimos modelos, una astronave ultrarrápida, capaz de alcanzar sin esfuerzo dos millones de kilómetros a la hora.

Teniendo en cuenta que la distancia media de la Tierra a Júpiter es de unos seiscientos y pico de millones de kilómetros, tardaríamos en alcanzarlo unos trece días, aun contando con los inevitables períodos de aceleración y deceleración.

Sanabria demostró ser un hábil piloto. En pocas horas consiguió establecer la órbita que nos llevaría a todos hasta nuestro punto de destino.

Una vez establecida la órbita, conectó los dos pilotos automáticos: el de rumbo y el de velocidad. Este último haría que la nave fuese aumentando su marcha progresivamente, hasta alcanzar los dos millones a la hora.

Entonces entraría en funcionamiento el aparato que desconectaría los propulsores y regularía, tras algunos tanteos automáticos, la velocidad definitiva. A partir de este momento, el vuelo se haría por simple inercia.

El control de rumbo corregía automáticamente las desviaciones en nuestra órbita.

Cuando atravesáramos el cinturón de asteroides, la nave se movería mucho para esquivar los numerosos corpúsculos terrestres que flotan por el espacio entre Marte y Júpiter, y que los astrónomos suponen procedentes de la explosión de un planeta que existió en esa zona hace cientos de millones de años.

Los primeros días, todo transcurrió sin novedad.

La nave era grande, espaciosa y, salvo para los casos especiales, como el del pobre Pierre Duval, no había motivos para sentir claustrofobia.

Sanabria parecía haberse aficionado a Marilyn. La hermosa pelirroja se sentía inclinada hacia Ricardo, pero todavía conservaba en su alma los recuerdos de su amor por Duval.

Era inevitable. El tiempo sería el mejor lenitivo para su dolor.

Y si al lado había un humano guapo, con el atractivo de su profesión y de sus hazañas, mucho mejor todavía.

Pero alguien había cometido unos crímenes y era preciso que se le castigase.

Como digo, todo marchó sin novedad en los primeros días.

Hasta que, cuando faltaban tres para llegar a las inmediaciones de Júpiter, tropezamos con un asteroide.

CAPÍTULO VIII

Estábamos comiendo — bueno, los humanos, porque yo me limitaba a servir la mesa—, cuando, de pronto, sonaron los timbres de alarma.

— ¡Meteoro! — gritó Sanabria—. ¡Agárrense donde puedan!

Cuando se oyen a bordo de una nave los timbres que anuncian la proximidad de un meteorito, cuya órbita se va a cruzar con la del aparato, es preciso asirse al primer saliente que se encuentre a mano.

Entre el aviso y la desviación automática de rumbo, transcurren quince segundos. No hay tiempo para más; las velocidades son exorbitantes y los cuerpos se mueven en el espacio como proyectiles.

Busqué un asidero. Apenas me había agarrado a él con mis dos manos mecánicas, se produjo la corrección de rumbo.

Una fuerza irresistible nos empujó al lado opuesto en que se realizaba el cambio de órbita. Tuve necesidad de aumentar la potencia de los tensores que en mis brazos suplen a los bíceps, a fin de poder continuar agarrado al saliente.

Otros no tuvieron la misma suerte. Anders voló por los aires y chocó contra un aparato cercano. Los platos, vasos y cubiertos saltaron por todas partes.

Mi amo recibió en pleno rostro el contenido de un plato de sopa. El doctor Wolseley lanzó un aullido.

Medio segundo después, la nave se estremeció. Mis micrófonos captaron un sonido horripilante, el del metal desgarrado por la violencia del impacto.

Una campana empezó a sonar en el interior de la nave.

— ¡Escape de aire! — gritó el explorador.

La presión, debida a la fuerza centrífuga impuesta por el cambio de rumbo, había cesado ya. A lo lejos se oyó el seco chasquido de una puerta que se cerraba de golpe.

— Los mamparos automáticos han entrado en funcionamiento — anunció Sanabria.

— Esos quiere decir que el escape de aire ha sido contenido — habló mi amo, mientras se enjuagaba la cara con una servilleta.

— En el resto de la nave, sí, pero no en el compartimento afectado por el impacto — respondió el explorador.

— ¿Se sabe cuál es? — preguntó Marilyn.
— Voy a verlo.
Seguí a Sanabria y pasamos al cuarto de mandos, en uno de los paneles de situación se veía una luz roja que oscilaba con insistencia.
Sanabria se puso pálido.
— ¡Cielos!
Y volvió a la carrera al comedor. La nave disponía de gravedad artificial, de modo que se podía correr y moverse normalmente por ella.
— ¿Qué pasa? — preguntó Wolseley, al apreciar la expresión consternada de Sanabria.
— El choque ha sido justamente en la cámara donde guardamos los trajes espaciales — anunció Ricardo en tono dramático.
Un penoso silencio se desplomó sobre la estancia. En un segundo, todos cuantos estábamos allí comprendimos la gravedad de la situación.
Mientras no ocurriese nada, todo iría bien... hasta cierto punto. Había una perfecta estanqueidad, de modo que no había por qué temer más fugas de aire.
Pero los trajes de vacío estaban encerrados en el compartimento alcanzado por el impacto. Naturalmente, sin ellos, era imposible soñar con el desembarco en Júpiter.
Llevábamos diez días de viaje. Era preciso virar en redondo y emprender el regreso a la Tierra.
Esto nos consumiría diez días más, aparte del tiempo que se emplease en reparar el casco. Y luego, vuelta a empezar.
¿Qué haría Zovenna mientras tanto?
El explorador no necesitó consultar con sus compañeros.
— Bien — suspiró, resumiendo el sentir general—, voy a calcular la órbita de regreso.
— ¡Aguarde! — exclamé. Un circuito se me recalentó de súbito y tuve que enviarle a toda prisa un puñado de frigorías, para evitar un inoportuno cortocircuito—. Perdón, señor Sanabria — rectifiqué —; quise decir que si tenía la bondad de esperar unos segundos.
— Sanabria sonrió. Conocía los robots y se había dado cuenta de lo que me pasaba.
— Habla, Rocky — dijo.
— No es necesario regresar a la Tierra — expresé.
— ¿Qué estás diciendo? — preguntó mi amo sorprendido.
— Sin trajes de vacío, es imposible salir al exterior a reparar el orificio abierto por el meteorito, ¿no es cierto?

— ¡Acabas de descubrir América! — dijo Leni con sarcasmo.

— Es una lástima que los robots no podamos sacar la lengua — dije, con notoria falta de respeto—. Pero hay un modo de salir al exterior sin necesidad de escafandra.

— Si tuvieras la bondad de explicarte, Rocky —pidió mi amo educadamente.

— Yo no necesito traje de vacío — manifesté—. Al menos, durante unos minutos. No olviden que soy una máquina.

Sanabria se pegó una palmada en la frente.

— ¡Se supone que somos humanos! — exclamó—. ¡Un robot acaba de damos toda una lección, señoras y caballeros!

— Gracias, señor — dije modestamente—. Sin embargo— añadí —, mi resistencia tiene un límite y mi envoltura de plástico, con el frío exterior, puede tornarse quebradiza y frágil como el acero con fatiga de metal. El plástico está fabricado para resistir el frío absoluto del espacio durante un tiempo prudencial, en casos de emergencia. Si se rompiera, el frío penetraría en mis mecanismos y congelaría instantáneamente la grasa, convirtiéndome en una estatua. Yo me quedaría afuera, «sin conocimiento», si es que la frase se me puede aplicar, y sólo «reviviría» en un ambiente normal y tras las convenientes reparaciones, pero ustedes se verían obligados ineludiblemente a regresar a la Tierra.

— Todo eso está muy puesto de en razón — convino mi amo —. Pero ¿qué es lo que tratas de decimos, además de que vas a salir al exterior?

— Sencillamente, que es preciso planear bien la operación, a fin de reducir al mínimo el tiempo de permanencia en el espacio — contesté.

— En eso tiene razón Rocky — dijo Sanabria.

— Vamos, exprime tus circuitos y di de una vez cómo piensas hacerlo, montón de cables — me apostrofó la periodista.

— Supongo — dije, volviéndome hacia el explorador —, que tendrá usted a bordo un plano de la nave.

— Desde luego.

— Quiero estudiarlo primero — expresé—. No puedo perder tiempo buscando en vano.

— Muy bien. Vamos a la cabina de mando.

Detrás de mí, Leni dijo:

— Ferdy, eres adorable sólo por tener un robot como Rocky. Cualquier mujer estaría orgullosa de ser tu esposa y tener como sirviente a Rocky.

— En primer lugar, aún no eres mi esposa — refunfuñó el

policía—. Y no será por que no te lo haya pedido veces. Además, eso de que te cases conmigo, si es que te casas, sólo por Rocky, no me favorece demasiado.

— Es que sois el complemento perfecto. Hombre y máquina, maravillosamente compenetrados, ¿qué más puede pedir una? —suspiró Leni.

Kastell, se volvió hacia la hermosa pelirroja.

— Marilyn, no se case jamás con un hombre que posea un robot — aconsejó.

— ¿Y quién tiene hoy dinero suficiente para pagar un criado de carne y hueso? — contestó Marilyn en tono malicioso.

Mientras, Sanabria había sacado de un armario el plano de la nave. Lo extendió sobre la mesa de navegación y empezamos a estudiarlo.

El explorador me mostró el sitio exacto dónde se había producido el impacto.

— Si el meteorito hubiese chocado contra la parte del casco correspondiente al comedor, ahora estaríamos muertos todos.

— Pero ¿no dispone de doble casco protector? — pregunté.

— Por supuesto. Sin embargo, el meteorito ha debido ser de un tamaño excepcional. Un meteorito corriente, hasta de medio centímetro de diámetro, que ya es raro, choca contra el casco externo y se volatiliza, dado que el choque provoca una energía que se transforma en calor, reduciendo al meteorito al estado de vapor. Pero no hay blindaje para meteoritos de mayor tamaño o no podríamos volar por el espacio.

— El blindaje absorbería la mayor parte del peso de la astronave.

— Exactamente

— Bien, en su opinión, ¿qué se debe hacer?

— Salir fuera, localizar el orificio y taponarlo. Tengo lingotes de metal y un soplete para fundirlo y soldarlo al casco. El soplete produce su propio oxígeno, de modo que es posible emplearlo en el vacío.

— Perfectamente. Ahora ya conozco el lugar donde debo trabajar. ¿Preparamos el equipo?

— Andando.

Por fortuna, el cuarto de herramientas no había sido alcanzado por los efectos del proyectil espacial. A menos que el boquete que se abriese fuese demasiado grande y la pérdida de presión se produjera de un modo casi instantáneo, cada compartimiento de la nave tenía su dispositivo de seguridad y las puertas se cerraban en el acto

automáticamente.

Lo malo era cuando un humano quedaba atrapado en un compartimiento perforado. Moría sin remedio.

Minutos más tarde, tenía todo listo; los depósitos del soplete a la espalda y en la mano un par de gruesos lingotes de acero para fundir y convertirlos en chapa.

Entonces, Leni tuvo una idea brillante.

— Quítate eso, Rocky — dijo.

— ¿Por qué?

— Obedece, máquina — dijo.

El circuito de la sumisión entró en funciones. Me despojé del equipo, mientras la chica se enfrentaba con Sanabria.

— Ricardo, ¿tiene usted pintura protectora para superficies móviles articuladas?

— Por supuesto.

— Traiga un bote y una brocha, por favor. Rocky, ve quitándote las ropas; vamos a pintarte para proteger el plástico de tu envolvente y hacer que puedas permanecer unos minutos más en el exterior.

— ¡Qué! —grité casi sin voltaje—. ¡Desnudarme... en presencia de unas damas!

Wolseley y Anders rompieron a reír como locos de mis aprensiones. Marilyn, comprensiva, dijo:

— Aunque sea un robot, no debemos dañar su circuito del pudor. Salgamos, Leni.

Las dos chicas desaparecieron. Sanabria vino poco después con un bote de pintura y una brocha en las manos.

Me miró y emitió una sonrisa que me dio muy mala espina.

— Lo siento, Rocky; sólo me queda pintura roja.

Mi amo tuvo que dedicarse a practicar la respiración artificial al doctor Wolseley. En cuanto a Anders se había quedado sin conocimiento.

De risa, claro.

CAPÍTULO IX

Era pintura de secado rápido y destinada especialmente a cubrir superficies articuladas de máquinas que trabajasen en el espacio, lo cual significaba que cedía en los puntos móviles.

Pero era pintura roja.

Con aire lúgubre, entré en la esclusa. Se cerró la compuerta interna y el aire empezó a vaciarse.

Una lámpara verde titiló poco después. Abrí la compuerta externa y salí al espacio.

Mi termostato interno advirtió inmediatamente la bajísima temperatura que reinaba en el vacío. Un mecanismo automático entró en funcionamiento y proporcionó calor a mis delicados mecanismos.

Me había adoptado suelas imantadas a los pies, de modo que pude caminar por el casco. Pronto llegué al lugar donde se había producido el impacto.

Era preciso reducir los movimientos a lo estrictamente indispensable. Por eso no torcí el gesto.

El meteorito había sido de un tamaño respetable.

Aún quedaba un fragmento tan largo como un brazo humano, de treinta centímetros de anchura por diez o doce de longitud.

Por fortuna para nosotros, el impacto se había producido tan oblicuamente, que casi se podía decir que el meteorito y la nave habían seguido órbitas paralelas, aunque opuestas. Se divisaban claramente los rastros del primer contacto, planchas hundidas, abolladas y agrietadas, y luego el orificio, tan grande como la boca de una jarra.

Por medio de unas grandes tenazas conseguí arrancar el meteorito, que estaba empotrado en la nave. Luego, con las mismas tenazas, sostuve uno de los lingotes de acero, en tanto que lo calentaba con el soplete hasta fundirlo.

En pocos minutos, trabajando con ahínco, obtuve una plancha del tamaño del boquete. Calenté los bordes hasta el punto de fusión y los soldé al casco.

La reparación estaba hecha ya. Sentía que el frío del espacio me penetraba hasta el último circuito, de modo que me apresuré a pegar unos golpes en el casco con las tenazas, a fin de que estuvieran listos para abrirme con rapidez.

Regresé a la esclusa, pero llevando bajo el brazo el meteorito. Quería que vieran una cosa que había descubierto.

Minutos después, me hallaba de nuevo dentro de la nave. El calorcillo interior me devolvió a la vida, y no es metáfora.

Hasta un robot las pasa moradas de frío cuando permanece en el espacio sin escafandra.

Tras algunos esfuerzos, conseguí descongelar mi sistema de comunicaciones orales.

— Ruego a los humanos presentes se sirvan examinar el meteorito — dije, al fin.

Kastell se inclinó sobre el pedrusco, que más parecía una losa. No tardó en dejar escapar una exclamación de asombro.

— ¿Qué diablos es esto?

— Parece un trozo de metal incrustado en la piedra— observó Wolseley.

Levanté el meteorito a un lado y les enseñé determinado lugar del trozo de metal, que mediría unos diez centímetros de largo por cinco de ancho, y cuyos bordes tenían forma aserrada irregular.

— Si los señores humanos se dignan aguzar la vista — dije —, verán aquí un par de números y una letra, lo cual significa que el metal no procede de un encontronazo anterior del meteorito con un derrelicto del espacio.

— ¿Qué es lo que quieres decir, Rocky? — preguntó Leni.

— Aunque los bordes están abarquillados y dentados de una forma irregular, en el resto del metal se observa una curvatura típica, de forma cilíndrica… la curvatura propia de todo cohete impulsor — manifesté.

— ¿Quieres decir… — habló Kastell al fin, señalando el meteorito con una mano —, que ese pedrusco no chocó contra nuestra nave por casualidad, sino que alguien lo lanzó hacia nosotros?

— Exactamente, señor.

Kastell volvió los ojos hacia Sanabria.

— ¿Qué opina usted, Ricardo? — preguntó.

— Rocky tiene razón — contestó el explorador.

— ¿Zovenna?

— ¿Quién, si no?

— Pero ¿cómo averiguó que veníamos?

— ¿Y cómo supo que Ramírez podía tener la película que filmó durante mi expedición anterior? Posee un buen servicio de información, eso es todo… algún o algunos mercenarios pagados, que nos vigilan, sin saber, creo yo, que están ayudando a un

criminal. Una buena paga, aún en el peor de los casos, puede desvanecer muchos escrúpulos, Ferdy.

La explicación de Sanabria no podía ser más razonable.

— Me parece que vamos a tener disgustos, apenas lleguemos a Júpiter — comentó mi amo—. Ese Zovenna está dispuesto a que nadie interfiera en sus proyectos.

— Eso creo yo — admitió el explorador.

De nuevo volvió el silencio. Los humanos estaban profundamente preocupados.

— Bien — exclamé yo, a fin de romper la tensión dominante—, creo que es hora de probar si la reparación ha dado resultado.

La estanqueidad se había restablecido. El viaje podía continuar.

A medida que nos acercábamos, Júpiter aumentaba de tamaño. Era enorme, blanco, rosado, ocre, amarillo, con un colorido y un resplandor maravilloso, que proporcionaba a los humanos incontables horas de éxtasis ante las lucernas.

El espacio es cosa que no cansa jamás. Uno, aunque sea robot, comprende a los astronautas.

Sienten lo mismo que los marinos, que languidecen en tierra firme, lejos del mar. Es una especie de veneno que se infiltra en las venas, y quien padece ese mal, no lo puede curar jamás.

Al fin llegamos a Júpiter.

No es tan fácil pronunciar o escribir esa frase.

Hubieron de transcurrir tediosas horas orbitando en torno al gigantesco planeta, mientras Sanabria buscaba el modo mejor de tomar... ¿tierra? Digámoslo así, a fin de seguir una costumbre impuesta por la práctica.

Sobrevolamos la Mancha Roja, uno de los principales atractivos del gigante de los planetas, de una extensión superior al millón de kilómetros cuadrados, causada por un punto especialmente volcánico, donde se producen explosiones gigantescas de hidrógeno, causadas por el sodio, además de otras reacciones químicas aún desconocidas. Era un espectáculo fascinante, que no nos cansábamos de contemplar.

Sanabria inició la maniobra para el aterrizaje. La nave tenía dispositivo de memoria automática y, por medio de la cinta perforada, fue conducida hasta casi el punto donde había estado la última vez.

A medida que descendíamos, se notaba la poderosa atracción del planeta. Pronto nos fue necesario colocarnos los cinturones reductores de gravedad.

La nave se detuvo al fin, a dos kilómetros de la catarata de lava

e hidrógeno líquido que ya conocíamos por imágenes. Antes de salir, se celebró un pequeño consejo de guerra.

— Deberemos ir armados — sugirió mi amo —. Después de la muerte de Ramírez, está claro que Zovenna, y sus cómplices, porque es presumible que los tenga, estén dispuestos a todo.

— Me parece una buena idea — convino el explorador —. Y, más aún, la nave no debe quedar sola en ningún momento. No podemos exponemos a ser sorprendidos por un exceso de confianza.

— Anders y Rocky se quedarán — dispuso mi amo sin dudarlo.

— Preferiría quedarme yo en lugar de uno de los dos — manifestó el biólogo—. Hasta que no hayan localizado el laboratorio de Zovenna, no siento deseos de moverme por ahí fuera. El paisaje es muy bonito... pero tengo ya los huesos un poco duros. Los años, muchachos — suspiró.

— ¿Anders? — dijo Kastell.

— Si me lo manda, iré, inspector — respondió el aludido sin demasiado entusiasmo.

Era policía de ciudad y no se le podía reprochar.

— Está bien — dije yo—. Tal vez necesiten de los servicios de un robot.

— Nunca vienen mal — declaró Leni en tono voluble.

Poco después, nos hallábamos dispuestos para salir. Los cuatro humanos iban armados.

Yo, no, por supuesto. Zovenna, de quien, entre paréntesis, diremos que no conocíamos su efigie, podía ser un criminal, pero era un humano.

Los robots no podemos dañar a los humanos, bajo ningún pretexto. Es una regla inviolada e inviolable.

Los reductores de gravedad dejaban la de Júpiter a un cincuenta por ciento más que la de la Tierra, en lugar de las dos veces y media más que es lo normal en aquel planeta.

Aún así, no era agradable moverse con un peso supletorio. Para los humanos, era la mitad del suyo, y también para mí, por descontado, pero, siendo, como soy, una máquina, podía soportar aquella incomodidad mucho mejor que ellos.

Antes de salir, Kastell hizo un comentario acerca del tema.

— Leni, ¿cuánto pesas?

— Cincuenta y cuatro kilos — respondió la chica, muy extrañada—. Y puedo comer de todo impunemente, así que...

El inspector se echó a reír.

— Esos cincuenta y cuatro kilos son para la Tierra. Aquí pesas veintisiete más, o sean ochenta y uno en total. ¿Te imaginas la

figura que tendrías en la Tierra con ochenta y un kilos? ¡Parecerías un barril!

Y, de repente, el inspector se sintió atacado por un incontenible ataque de risa, que a Leni no le causó ningún placer.

— Eso no tiene la menor gracia — replicó en tono malhumorado.

— No te enfades, Leni — le aconsejó Marilyn, que era más alta y más corpulenta, sin dejar por ello de poseer una figura perfecta—. Yo ando rondando los sesenta, de modo que pesaría noventa.

— Con sesenta o con noventa, estaría siempre muy atractiva — dijo el explorador galantemente.

Marilyn se ruborizó. Yo conecté el circuito de la tos, volviendo al orden a los humanos.

— Respetuosamente me permito sugerirles que es la hora de salir —dije.

Momentos después, pisábamos el hielo de amoníaco y metano.

De cuando en cuando, soplaba un viento helado, que arrastraba nubes de gases que nos ocultaban parcialmente la visión. Obvio es decir que la palabra viento encierra un significado metafórico; las rachas eran de gases letales para el ser humano.

El espectáculo era maravilloso, pero deprimente al mismo tiempo. De todas formas, aunque uno sea un robot, no le resultan agradables, por muy hermosos que puedan parecer, los mundos en que los humanos no pueden vivir en condiciones normales.

Debe de haber algún circuito en mis mecanismos, que me hace gustar del cielo azul, la brisa fresca, las nubes blancas, el verde de los campos y el suave oleaje del mar en una playa de cálida arena.

O tal vez que soy un robot construido por terrestres y, naturalmente, con la idiosincrasia mecánica adaptada a sus habitantes. Si en Júpiter hubiesen existido seres vivientes, capaces de respirar aquella mefítica atmósfera, mi forma y reacciones psicomecánicas habrían sido de muy distinto orden.

De cuando en cuando, notaba algún leve ruidito, un imperceptible crujido en mis tensores, sobre todo, los que soportaban el esfuerzo de mantener erguido mi «esqueleto». El cincuenta por ciento de peso extra se dejaba notar, aun en un robot.

Un hombre puede pesar ochenta kilos y transportar sobre los hombros, sin excesiva perturbación, cuarenta kilos. Pero en nuestro caso, y sobre todo, en el de los humanos a quienes acompañaba, la cosa no era tan sencilla como llevar sobre sus hombros la mitad de su peso.

Esa cantidad de peso adicional iba repartida en todo su cuerpo

equitativamente. Durante una hora o más, podía soportarse bien, pero, por espacios superiores de tiempo, el exceso de peso acababa por notarse.

Un hombre es capaz de llevar cuarenta kilos sobre los hombros y mover un brazo, o los dos, con cierta facilidad, pero cuando ese mismo brazo pesa un cincuenta por ciento más de lo normal, los movimientos no se realizan ya con tanta facilidad.

Tal era nuestra situación mientras caminábamos por la helada superficie de Júpiter, percibiendo a lo lejos el trueno constante de la cascada de lava e hidrógeno líquido que se desplomaba desde un risco de más de quinientos metros de altura. Tal vez hacía cientos de siglos que estaba cayendo y seguiría lo mismo cuando mis bíceps de acero estuviesen convertidos en óxido de hierro.

De pronto, Sanabria se detuvo a la entrada de una profunda grieta que se abría entre dos altísimos paredones de metano helado y exclamó:

— ¡Aquí es! ¡Reconozco el lugar perfectamente! ¡Por este mismo sitio vi desaparecer al ser que dijo ser Pierre Duval!

Como es natural, habló por radio, pues de otro modo no hubiéramos podido escucharle.

CAPÍTULO X

Los humanos se detuvieron en el acto y yo con ellos. El lugar impresionaba.

La anchura de la grieta no pasaría de una docena de metros en su parte del suelo. A cincuenta de altura, que era su cota máxima, la separación entre los paredones era de unos veinticinco metros.

Parecía un tajo hecho con un gigantesco mandoble en el hielo de metano.

El final no se podía divisar. A unos cuarenta metros, la grieta hacía una pequeña curva, que impedía ver lo que había más allá.

Capté un leve gemido apenas hubo pronunciado Sanabria aquellas palabras. Supuse que había sido Marilyn Bewter. Resultaba lógico que se sintiese aún dolorida por la desaparición de su prometido.

— Sigamos — decretó mi amo, al cabo de unos segundos.

Nos adentramos en la grieta en donde los vientos parecían calmarse. Caminamos una treintena de pasos y, de pronto, Leni dijo:

— Tengo la sensación de que alguien nos está espiando.

Sanabria se volvió y miró en todas direcciones.

— Yo no veo a nadie — dijo.

— Son aprensiones tuyas, Leni — refunfuñó Kastell.

— ¿A ninguno de ustedes le ha pasado nunca sentir sobre sí la mirada de una persona? — preguntó la periodista—. Es una especie de presentimiento, una sensación extraña que...

Algo crujió por encima de nuestras cabezas. Miré hacia arriba.

— ¡Adelante! — grité —. ¡Corran!

Un enorme bloque de gas helado vacilaba en lo alto de uno de los muros. Los cuatro humanos y yo echamos a correr hacia delante, justo en el instante en que el bloque caía al fondo de la grieta con tremendo estrépito.

El suelo vibró perceptiblemente. Fragmentos de hielo volaron por todas partes como mortíferos cascos de metralla.

La curva nos protegió de los trozos de hielo despedidos por el impacto. De lo contrario, es posible que alguno de los que estábamos allí lo hubiéramos pasado bastante mal.

Retrocedí unos pasos y me asomé. El bloque tenía un tamaño exorbitante. Cerraba el paso y, al verlo, Sanabria lanzó una exclamación con la que pretendía reflejar su contrariedad.

— Nos vamos a ver apurados para cruzar al otro lado — dijo —. Tenemos que evitar los obstáculos con salientes cortantes o puntiagudos, y en ese trozo de hielo que ha caído hay los suficientes para rasgar un traje espacial como si fuese de papel.

— Eso se arregla fácilmente — dijo mi amo.

Sacó su pistola térmica y empezó a fundir el hielo.

Sanabria. alargó la mano y contuvo su gesto.

— Quieto, Ferdy — ordenó—. Guarde la carga de su pistola para otra ocasión más necesaria.

— Sí, tiene razón — convino Kastell—. Lo haremos a la vuelta.

Continuamos la marcha.

La grieta tenía una longitud de ciento cincuenta metros, al cabo de los cuales salimos a un profundo valle, de pendiente bastante pronunciada, limitado al otro lado, a varios kilómetros de distancia, por una cadena de montañas, cuyas cimas apenas si se podían divisar, envueltas casi constantemente en una ininterrumpida tempestad de cristales helados de metano y amoníaco.

Un río de hidrógeno líquido, mezclado con lava ardiente, corría por su centro. No se divisaba la menor señal de construcción hecha por manos humanas.

— Esto es un desierto de hielo — dijo Kastell al cabo de unos momentos de silencio.

— Ricardo — preguntó Marilyn —, ¿está seguro que Pierre desapareció por esta grieta?

— Empeño en ello mi reputación — contestó el explorador en forma tajante—. Es una lástima que la filmación se interrumpiese antes de tomar la escena completa, pero el pobre Ramírez quiso detenerme y echó a correr, con lo que allí se acabó la impresión de imágenes.

— Pues por aquí no se ve a nadie — dijo Leni.

— Si no lo hemos visto — intervine yo—, hemos tenido noticias de su presencia.

Kastell me miró sorprendido.

— ¿A qué te refieres, Rocky?

— El bloque de hielo no se desprendió por casualidad— afirmé.

Sobrevino un momento de silencio.

— ¿Quieres decir — me preguntó el explorador—, que alguien lo arrojó desde allá arriba?

— Si el contestar afirmativamente no va a causar daño a ningún humano, entonces diré que sí, señor Sanabria — repuse.

— ¿En qué te basas para sentar tal afirmación? — quiso saber Kastell.

— ¿Puede un robot concebir presentimientos, tal como lo hacen los humanos? — dije—. La señorita Leni dijo que sentía fijos sobre su nuca los ojos de una persona... de un ser viviente, por lo menos, ¿no es así?

— Lo de la nuca es metafórico, pero la frase es correcta — convino la periodista.

Mi amo se enfrentó con Sanabria.

— Ricardo, creo que una mirada a lo alto de la grieta no estaría de más.

— De acuerdo — contestó el explorador.

Dimos un gran rodeo, con el fin de poder hallar un camino accesible a la parte más alta del paredón del que se había desprendido el bloque de hielo. Nos costó más de media hora, pero no encontramos nada que nos indicara la menor pista acerca de lo que estábamos buscando.

Regresamos al punto de partida. Los humanos estaban desconcertados y hasta irritados.

La luz del sol llegaba desde seiscientos millones de kilómetros de distancia, por lo que reinaba una penumbra continua. De pronto, empezamos a notar que la luz empezaba a disminuir.

— Empieza la noche joviana — dijo Sanabria—. Refugiémonos en la nave.

Regresamos al aparato. Antes de que «amaneciera», habrían de pasar unas cinco horas, habida cuenta de que el día joviano tiene una duración de nueve horas y cincuenta y cinco minutos.

Una vez en el interior de la nave y despojados de los trajes espaciales, empecé a preparar algo de comida para los humanos. Los comentarios eran para todos los gustos, en especial los de Wolseley, quien ardía en deseos de contemplar a un ser de aquellos vivo.

Sanabria era hombre experimentado. Sabiendo que al día siguiente sólo tendríamos cinco horas de luz, dada la elevada velocidad de rotación de Júpiter, aconsejó a los presentes que se tendieran a descansar un rato. Así lo hicieron y poco después, todos dormían profundamente, cada uno en su camarote.

El único que no dormía era yo, por supuesto.

Esperé una hora, hasta tener la seguridad de que no me oirían. Me puse el traje espacial, abrí las compuertas de la esclusa sucesivamente y salí, al exterior.

Caminé a paso rápido — compatible con la gravedad joviana—, hacia la grieta. Mi casco estaba provisto de una potente lámpara eléctrica situada en su parte superior, cuya duración era mayor de

lo normal, dado que mi pila era también mayor.

Como no tengo necesidad de respirar, puedo llevar más aparatos a la espalda, en lugar de los tanques de oxígeno que necesitan los humanos. Yo sólo preciso el aire que puede contener mi traje del espacio, a efectos de mantener la temperatura. Pero su cantidad es invariable en todo momento.

En esta ocasión, sin embargo, me había colocado tanques de oxígeno en la espalda y sustituido mi casco por otro corriente. El cambio tenía su explicación… que llegará en el momento oportuno.

Llegué a la grieta y me adentré por ella, alcanzando al fin el bloque desprendido de lo alto. Abrí un paso por medio de la pistola térmica de que me hallaba provisto y continué mi camino.

Al llegar a la grieta me detuve. Enfoqué el haz de luz de mi reflector, oblicuamente, sobre la pared de la derecha, a fin de hacer resaltar las palabras allí escritas, por medio del adecuado contraste de luz y sombra, y leí:

Terrestre, quienquiera que seas, socórrenos

Había también una flecha indicadora, grabada en el hielo. Durante el «día» joviano había mucha luz y por dicha razón las letras no habían sido perceptibles.

Sólo yo, con mis objetivos visores, capaces de obrar a modo de lupas, mediante el mecanismo correspondiente, había sido capaz de ver aquella petición de socorro.

Pero no había querido decir nada a los humanos y todo porque uno, a fin de cuentas, es un robot sentimental, ¡oh, Edison mío!, y admirador de la belleza en todas sus manifestaciones… sobre todo de las chicas bonitas. Sencillamente, no quería que les ocurriese nada a Leni ni a Marilyn.

Cincuenta metros más adelante, divisé otra flecha. Era imposible perderse.

Llegué a la salida de la grieta. El río de hidrógeno y lava, en la oscuridad, tenía un aspecto fantástico, irreal, iluminando el valle en un gran espacio con cárdenos resplandores.

De pronto, cuando apenas había dado una docena de pasos, oí una voz humana.

— No te muevas, si no quieres morir abrasado.

Levanté las manos en el acto.

— ¿Quién es usted? — pregunté.

— No te preocupes. — El humano emitió una suave risita a través de su radio—. Digamos que… soy el director de una mina.

— De «cassanio», por supuesto.

Capté una exclamación de sorpresa.

— ¿Cómo lo sabes? — preguntó el individuo.

— ¿Importa eso mucho ahora? — repliqué con descaro.

Un circuito se me recalentó peligrosamente. Tuve que refrigerarlo a toda prisa, para evitar el exceso de temperatura, provocado por aquella respuesta irrespetuosa dirigida a un humano.

— Tienes razón — convino el sujeto, tras unos segundos de reflexión—. Poco importa ahora..., pero ya nos lo dirás más adelante.

— He venido con unos buenos amigos — alegué—. Traen armas excelentes.

— No sirven en absoluto contra las nuestras — manifestó el tipo en tono despectivo.

— ¿Se refiere al lanzamiento de pedruscos de hielo? — pregunté —. En todo caso, su puntería no tiene nada de buena. Aunque sí con el meteorito que estuvo a punto de...

— ¡Basta de charla! — cortó el humano —. Camina delante de mí y no hagas el menor gesto sospechoso; podría costarte caro.

— Sí, señor — contesté mecánicamente, y en mi caso, nunca mejor aplicada la palabra.

Dimos unos cuantos pasos. De pronto, el humano ordenó:

— ¡A la derecha!

Giré noventa grados, caminando en dirección paralela a un alto muro de gas helado, con una altura que oscilaba entre los doce y quince metros. Era bastante largo y en el borde superior empezaba la pendiente que conducía a lo alto de la pared derecha de la grieta que acababa de atravesar.

Cincuenta metros más adelante, el sujeto se detuvo.

— Alto.

Obedecí. No podía volver la cabeza, temeroso de un acto hostil por parte de mi enemigo, lo cual me privó de captar su acción con mis objetivos visores.

— Derecha — me ordenó, como si estuviésemos en el ejército.

Ejecuté un cuarto de giro impecable. Con el rabillo del ojo divisé la negra entrada a una cueva, situada bajo el hielo.

No había puerta del mismo material, girando sobre unos goznes invisibles, sostenida por antigravedad, no, nada de fantasías; un truco sencillo, cómodo y bien ideado.

Calculé que debía tratarse de una plancha de «cassanio», el metal superligero, superresistente y supertodo, modelada de tal forma que, tras una conveniente capa de pintura, pudiera

confundirse con la pared de hielo. La plancha estaba a un lado, dejando ver una abertura de unos tres metros de ancho por cuatro de alto.

El desmesurado tamaño de aquella puerta se debía, en mi opinión, a que Zovenna tenía necesidad de entrar materiales de ciertas dimensiones. No había luz, pero cada uno de los dos disponíamos de nuestras lámparas individuales.

— Adentro. Cinco pasos más y párate.

Crucé el umbral. El individuo puso la plancha en su sitio, de tal modo que la superficie del muro helado recobrara de nuevo su aspecto habitual. Así resultaba imposible de ver la entrada, a menos que se conociera su emplazamiento con toda exactitud.

— Sigue caminando.

Era evidente que el sujeto no tenía ninguna afición a las palabras inútiles. Reanudamos la marcha, andando bajo el túnel de hielo, hasta que, al cabo de unos cincuenta metros, se ensanchó para formar una gran caverna cuyas dimensiones no podía calcular, a causa de la insuficiencia de iluminación.

— Ahora, un poco a tu derecha — dijo el hombre.

Medio minuto después contemplé por primera vez a uno de aquellos extraños seres. Ya había visto uno, pero estaba muerto... y resultaba muy diferente contemplarlo vivo.

Hasta para un robot resultaba una visión muy poco agradable.

CAPITULO XI

El monstruo — podemos llamarlo así, dada su forma, aunque tuviese origen humano—, estaba descansando en el suelo, como una gran raya o platija que permaneciese inmóvil en el fondo del mar, aguardando a su presa entre la arena.

Claro que allí no había arena para esconderse ni tampoco el monstruo tenía la cola de látigo propia de tales peces, pero la actitud era muy parecida.

¿Y los ojos?

Estremecía sólo el mirarlos, mayores que el puño y con el brillo peculiar de las pupilas que poseen centenares y aun millares de facetas. No se le veían orificios de boca o narices, aunque era evidente que de algún modo tenía que respirar, porque me di cuenta que sus flancos se movían lentísimamente.

Quizá realizaba una aspiración cada quince segundos, acaso más todavía.

— ¿Te gusta el bicho? — preguntó mi acompañante.

— No es para ser presentado en un concurso de belleza canina — comenté en tono mordaz.

— Tienes razón — rió el hombre de buena gana—. Anda, sigue andando.

Pasamos junto al ser, cuyos ojos nos contemplaron con suma atención. Hubiera jurado que quería decirme algo en silencio, pero el «rostro» carecía totalmente de expresión.

Unos minutos más tarde, llegamos a la puerta de un barracón semicilíndrico de un tamaño considerable. El hombre golpeó la puerta y las luces se encendieron de inmediato.

— Hay esclusa de aire — dijo.

— Enterado — contesté.

La compuerta exterior se abrió. Cruzamos el umbral, se cerró la puerta y las bombas empezaron a expulsar los gases mefíticos.

La luz roja cambió a verde. Entonces, el hombre se quitó el casco y me indicó que hiciera lo mismo.

Apenas me había quitado el casco espacial, se abrió la compuerta interna. Pasé al otro lado, encontrándome en una habitación común y corriente, que en aquellos momentos se hallaba desierta.

— ¿Zovenna? — pregunté.

— Sí — contestó el hombre con orgullo en su voz.

—No puedo felicitarle — respondí con grave acento—. Es usted un insigne biólogo, pero lo que ha hecho entra de lleno en el Código Penal.

— ¿Me está amenazando? — rió el científico.

— No. Sólo expreso una opinión. ¿Es usted el autor de... esas transformaciones, por llamarlas de algún modo?

— En efecto — admitió Zovenna —. Pero todavía no he oído su nombré, amigo.

— Rocky — dije.

— ¿Sólo Rocky?

— ¿Para qué necesita más? Si lo que busca es un hombre para convertirlo en una raya joviana, con eso tiene suficiente. No poseo familia, ni bienes de fortuna a quien dejárselos, así que ya puede empezar a trabajar con mi cuerpo.

Zovenna sonrió. Era un sujeto de unos cuarenta y cinco años, delgado, cetrino, de pelo negro grasiento y expresión socarrona.

— Muy bien. Anda, quítate el traje espacial, Rocky.

Obedecí sin rechistar. Manteniéndome en todo momento, cubierto con su pistola, que calculé debía ser térmica, Zovenna agarró el traje y lo arrojó a un rincón.

Luego se acercó a un interfono que había sobre una mesa.

— Ángelo — llamó.

— Dime, Gianpaolo — respondió el llamado.

— El tipo está listo. ¿Cuándo empezamos a actuar?

— Por mí, ahora mismo. Hazle entrar.

Una puerta se abrió frente a nosotros, dejándome ver lo que parecía un quirófano, pero de enorme tamaño, en cuyo interior se hallaba un individuo, con una bata blanca y la máscara característica de los cirujanos.

Atravesamos la puerta. El hombre de la bata blanca señaló la mesa de operaciones.

— Tiéndase ahí — ordenó Zovenna. Entregó la pistola a otro —. Mantenle cubierto, mientras me cambio de ropa, Ángelo.

— Muy bien — dijo el otro con indiferencia —. Échese sobre esa mesa.

Obedecí en silencio. El hombre de la bata blanca me sujetó con unas correas.

Luego empezó a manipular con unos aparatos que había a la cabecera de la mesa de operaciones.

— ¿Puedo anestesiarle ya, Gianpaolo? — preguntó.

— Claro. Cuanto antes empecemos, será mejor para todos. No

olvides — añadió Zovenna con una risotada que casi me congeló los circuitos —, que estamos necesitados de mano de obra.

— ¿Cuántas toneladas de «cassanio» han obtenido ya? — pregunté, cuando el cirujano se inclinaba sobre mí con una mascarilla en la mano.

El hombre se sobresaltó un instante. Luego, de modo brusco, puso la mascarilla sobre mis narices.

— Eso, ¿qué diablos le importa? — gruñó.

Zovenna vino casi en el mismo instante, ya ataviado para trabajar.

Me pregunté cuál sería el procedimiento que empleaban aquellos desalmados para transformar a un hombre en un monstruo.

Zovenna sonrió a través de la máscara.

— Ahora trabajarás para nosotros, Rocky. Podrás salir y pasearte impunemente por el exterior, respirando normalmente la atmósfera joviana y resistiendo sin reductores la pesada gravedad del planeta. Te implantaremos unos nuevos ojos, que te conferirán una capacidad de visión insospechada y tus manos tendrán la potencia de unos alicates mecánicos.

Soltó una risita.

— Tenemos un ejemplar del género femenino — añadió—. Era una linda profesora de Geología en una Universidad. Tal vez, en lo sucesivo, no sea preciso recurrir a las transformaciones quirúrgicas para conseguir más… mano de obra. El posible que las leyes naturales biológicas nos faciliten el personal que necesitamos. Será más lento, pero infinitamente más seguro. Algunos no han podido resistirlo y se nos quedaron muertos en la mesa de operaciones.

Me quedé aterrado… si un robot puede hablar de ese modo. ¡Ahora tenían monstruos de dos sexos y pretendían crear más por medios naturales!

Aquellos individuos estaban locos.

No se podía calificar de otra forma a su modo de pensar y de actuar.

El gas narcótico empezó a brotar por la máscara anestésica.

Pasaron un par de minutos.

— Es extraño — comentó el otro—. Todavía sigue despierto.

Zovenna me puso una mano sobre el pecho.

Frunció el ceño.

— No capto ningún latido — dijo.

— A ver — murmuró su compañero.

Zovenna se apartó a un lado. El otro se me acercó y se inclinó sobre mí.

De repente comprendió y lanzó un atroz aullido.
— ¡Gianpaolo, es un robot!
— Exactamente, doctor Cassani — respondí—. Soy un robot.

* * *

El inspector Kastell, estiró los brazos voluptuosamente y emitió el grito acostumbrado de todas las mañanas al despertarse:
— ¡Café, Rocky!
Rocky no contestó.
Extrañado, el inspector volvió a gritar.
Su robot personal tenía unos circuitos auditivos finísimos y captaba el ruido que hacía un papel de fumar al rasgarse a cincuenta metros de distancia. No era corriente que Rocky desentendiese una llamada realizada por partida doble.
Poniéndose una bata sobre el pijama, Kastell salió fuera de su cámara y volvió a llamar al robot.
Leni asomó su rubia cabecita por una puerta próxima.
— Ferdy, ¿a qué viene todo ese alboroto?
— Estoy llamando a Rocky y no contesta.
— Se habrá dormido.
— ¡Leni! ¡Es un robot!
— Oh, cielos, lo había olvidado. Bueno, vuelve a gritar. — Y la linda periodista se zambulló de nuevo dentro de su camarote.
Wolseley fue el primero en aparecer. Sanabria y Anders llegaron a los pocos momentos.
— ¿Qué sucede, inspector? — preguntó el biólogo.
— Rocky — respondió Kastell—. Estoy llamándolo y no me contesta.
— ¿No habrá sufrido alguna avería? — preguntó Anders.
— Lo mejor será que exploremos todos los rincones de la nave — sugirió Sanabria con excelente sentido práctico.
La exploración dio un resultado: Rocky no apareció.
— Se ha ido — resumió Kastell el pensamiento común.
— Sí, pero, ¿adonde? — quiso saber Marilyn.
— No lo sé, no tengo la menor idea..., aunque me figuro que a explorar por su cuenta.
— Ese robot parece a veces demasiado humano— comentó Leni.
— En cuando lo encuentre, le quitaré la micropila y lo tendré un mes inactivo — farfulló el inspector.
— Sí, pero haz que antes se arrodille cara a un rincón de la pared — dijo su prometida con sorna —. Y dale también unos

azotitos en el lugar de sentarse; se los merece, por malo.

— ¡Oh, déjate de bromas! —exclamó Kastell, furioso—. Tenemos que salir a buscarlo. Vamos a vestirnos, Ricardo...

— Un momento — dijo Leni imperativamente—. Rocky es un tipo... bueno, un robot capaz de cuidarse por sí mismo. Que salgamos unos minutos antes o unos minutos después, no importa demasiado.

— ¿Qué es lo que pretendes decir? — preguntó Kastell.

— Sencillamente, que no pienso moverme de aquí sin haberme llenado el estómago. Es prosaico hablar así, pero tengo hambre.

Kastell elevó sus brazos al cielo.

— ¡Luego hablarán del romanticismo de las mujeres! Ricardo, ¿qué le parece a usted?

El explorador sonrió.

— Tal vez Marilyn sea de una opinión distinta. A fin de cuentas, sufraga la expedición y tiene derecho a darnos órdenes.

La hermosa pelirroja se ruborizó. Suspiró un par de veces y luego, bajando los ojos, dijo tímidamente:

— Yo también tengo hambre.

Sanabria se echó a reír. Kastell se metió los dedos en la boca y empezó a morder.

No lo hacía por apetito, sino por no empezar a gritar.

CAPÍTULO XII

Tres cuartos de hora más tarde, los seis tripulantes de la nave abandonaban la esclusa y pisaban el suelo helado.

Anders y Wolseley se habían agregado esta vez a la expedición; el primero, por orden del inspector, y el segundo, por propia iniciativa.

Wolseley quería ver a los monstruos vivos. Temía que la iniciativa de robot, calificada por Kastell de imprudente, pudiera causar algún trastorno imprevisto.

Caminaron unos cuantos pasos fuera de la nave. Pistola térmica en mano. Sanabria iba en cabeza guiando a la pequeña columna. De pronto, el explorador lanzó una aguda exclamación.

— ¡Miren!

Se agachó y señaló algo con el índice.

— ¡Es una flecha! — dijo Kastell.

Sanabria miró hacia lo lejos. Había más flechas impresas en el suelo helado y todas ellas se dirigían hacia la grieta.

— Eso es una señal que ha dejado Rocky — insinuó Leni.

— Sí, pero, ¿por qué tantas? Hay una cada metro y medio, aproximadamente — declaró el policía, sumamente perplejo.

Sanabria midió la longitud de una flecha con la mano.

Rió suavemente.

— Ferdy, ¿cuánto quiere usted por su robot? Estoy dispuesto a pagarle cuanto me pida por él.

— No lo entiendo — rezongó el policía.

— Rocky es un robot muy astuto. Hizo una flecha con un trozo de alambre y se puso las botas magnéticas. El alambre se adhirió a la suela y, a medida que caminaba, la señal se imprimía en el suelo helado. Conviene tener presente que nuestro peso en Júpiter es un cincuenta por ciento superior al que tenemos en la Tierra.

— Lo siento — dijo Leni —. Como futura copropietaria de Rocky, rechazo la oferta de compra.

— En fin, todo no se puede tener en este mundo — contestó, dirigiendo a Marilyn una penetrante mirada, que la hizo ruborizarse bajo la protección del casco especial—. Sigamos.

No era fácil ver las huellas, a menos que se conociese previamente su existencia. Pero no en balde Sanabria era un explorador espacial, acostumbrado a seguir toda clase de rastros en

los planetas y ambientes más dispares.

Había supuesto que Rocky podía haber dejado tras sí alguna indicación de sus intenciones, bien voluntaria o involuntariamente, y por ello había examinado en el suelo con gran atención en busca de huellas. Las flechas impresas en el suelo con un relieve inverso no superior al medio centímetro, había corroborado sus cálculos.

Entraron en la grieta.

— Rocky pasó por aquí — informó el explorador —. Aunque no tuviésemos constancia de ello, lo sabríamos por el hielo que fundió con su pistola térmica.

— Sí, pero, ¿qué es lo que pretende? — preguntó Marilyn.

— Buscar a Zovenna, por supuesto.

— Pero él no puede causarle ningún daño. Es un robot — alegó Wolseley.

— Desde luego. No le tocará siquiera — convino el inspector.

— Y guiarnos hasta donde se encuentra ese sujeto, para que podamos castigar sus fechorías, ¿no es causar un daño, aunque sea indirectamente, a un humano? — objetó Leni.

— En un sentido estricto, así es —admitió Sanabria —. Pero también se puede pensar que lo que él pretende es descubrir la guarida de Zovenna. Robóticamente, lo que hagamos con Zovenna después ya no es de su incumbencia.

— Con tal de que no se le funda algún circuito principal— rezongó Kastell.

— Rocky ha pensado que, en todo caso, es preferible que «muera» él que no uno de nosotros, que somos humanos.

El grupo continuó su marcha, hasta alcanzar la salida de la grieta. Entonces vieron que las huellas del robot torcían hacia la derecha.

Caminaron cosa de cincuenta metros más. De repente, algo se deslizó con suma rapidez desde lo alto del muro que tenían al costado.

El monstruo se paró delante de ellos. Marilyn emitió un chillido de susto.

Sanabria se puso delante de la pelirroja para protegerla, a la vez que apuntaba al ser con su pistola. Wolseley dio unos pasos, con objeto de examinar mejor al monstruo.

Los ojos facetados parecían tener un brillo oscilante, que aumentaba y disminuía de forma tenue, pero perceptible. El ser, tras haber llegado al suelo, se inmovilizó delante de ellos, cerrándole el paso.

— ¡Apártate! — ordenó Kastell, sin saber si sería oído o no—.

¡Apártese; no queremos causarte el menor daño!

Anders, situado a un costado, cubría al monstruo con su pistola térmica. Mientras, Wolseley se le había acercado hasta llegar a un par de pasos de distancia.

— Interesantísimo — exclamó el biólogo—. Nunca había visto una cosa semejante. — Se volvió hacia sus compañeros —. Tendríamos que hacer algo para llevárnoslo a la Tierra.

— Moriría allí — afirmó Kastell.

— ¿Por qué dices eso? — preguntó Leni.

— Sus pulmones, o lo que sea, están hechos para respirar la atmósfera joviana, no la terrestre.

— Pero yo vi a uno que respiraba el aire de la Tierra — alegó Marilyn.

Aquello desconcertó a los presentes durante algunos segundos. De súbito, el monstruo se movió.

Anders disparó su pistola térmica.

Una raya de luz blancorrojiza, que despedía un calor intolerable, atravesó el espacio, yendo a perderse directamente en el cuerpo del monstruo, que se retorció sobre sí mismo a la vez que daba un par de saltos convulsivos en el espacio.

Luego cayó al suelo y quedó quieto, con dos enormes boquetes en los flancos.

La descarga térmica lo había atravesado de parte a parte.

— ¿Por qué ha hecho eso? — mugió Wolseley.

— Le iba a atacar — se excusó Anders.

— ¡Miren! — gritó Leni de pronto —. ¡Está extendiendo un seudópodo!

Era cierto.

El monstruo desplegaba uno de sus brazos. Los movimientos eran lentísimos.

Dos dedos aparecieron en el extremo del brazo casi un minuto más tarde. Todos los presentes, en medio de un silencio absoluto, vieron que el monstruo trazaba unas letras en el hielo.

De pronto, sufrió una terrible sacudida y quedó quisto.

— ¡Ha muerto! — dijo Sanabria.

La inmovilidad del ser era absoluta.

Lleno de curiosidad, Kastell se arrodilló junto al monstruo muerto y leyó las palabras que había escrito antes de morir.

Después se levantó y miró a sus compañeros con aspecto de profundo desconcierto.

— ¡Era una mujer! — exclamó.

— ¡Una mujer! — repitió Leni.

Sanabria se inclinó para leer el mensaje. Meneó la cabeza.

— ¡Pobre muchacha! — comentó.

Yo era Mary McCannell... castiguen a...

— ¡Mary McCannell! — exclamó Sanabria.

— ¿La conocía usted, Ricardo? — preguntó el policía.

Bajo el vidrio polarizado frontal del casco, el rostro de Sanabria aparecía deformado por el furor.

— Estudiamos juntos hace quince años en la Universidad. Había llegado a ser una notable geólogo — contestó con voz tensa.

— Ricardo... —murmuró Marilyn.

— Ese miserable la asesinó. Tengo que castigarle — dijo el explorador rabiosamente.

— Cuidado, Ricardo — terció Kastell —. No se tome la justicia por su mano. Recuerde que hay leyes.

Hubo un momento de silencio.

— Lo siento, señor — habló Anders —. Creí que trataba de atacarnos...

Sanabria meneó la cabeza.

— Usted hizo lo que parecía conveniente en esos momentos — contestó —. Por otra parte, opino que la pobre Mary habrá acogido su muerte como una verdadera liberación. ¡Sigamos!

Continuaron la marcha.

Sanabria tenía la vista fija constantemente en el suelo. Al cabo de unos momentos, se detuvo.

— Las huellas acaban aquí — dijo, señalando a un punto de la pared de hielo.

— Pero no se ve ninguna abertura — exclamó Kastell.

Sanabria se acercó al muro, tanteándolo con los dedos.

— Rocky no trepó por la pared — dijo al cabo—. No anda como las moscas ni hay señales de que haya hecho hendiduras en el hielo para subir arriba.

De pronto, Marilyn lanzó una exclamación.

— Ricardo, eso se mueve.

— ¿Cómo?

El explorador hizo presión con los dedos. Parte del muro se movió a un lado.

— Ayúdeme, Ferdy.

Kastell se le acercó. Pero, antes de que hubiese tenido tiempo de tocar lo que parecía un trozo de falsa pared, Sanabria lo apartó a un lado.

— ¡Eh! ¡Esto no pesa apenas! —dijo, atónito.

Tomándolo con una sola mano, lo levantó con suma facilidad, pese a que la acción de su reductor de gravedad afectaba solamente a su organismo y vestimenta especial, y no a cuantos objetos pudiera manipular en la superficie joviana.

— Vaya — resopló —. Pesa menos que el cartón.

— Es de «cassanio» pintado hábilmente — dijo Kastell, tras unos segundos de atento examen.

Sanabria arrojó el trozo de metal a un lado, sin el menor esfuerzo. El parapeto de «cassanio» fue a parar a una veintena de metros de distancia.

—En la Tierra, pesaría apenas un kilo — dijo.

Una negra abertura quedó a la vista del grupo.

Tras una ligera vacilación, Kastell penetró en la oquedad.

A los pocos segundos, se vio obligado a encender su lámpara portátil.

Unos cien metros más adelante, vieron que se acababa el túnel. Entonces, de un modo súbito, dos monstruos aparecieron ante ellos, cerrándoles el paso.

Sin embargo, aquellos monstruos sostenían en sus «manos» sendas pistolas térmicas.

— No son amigos, como la pobre Mary McCannell — observó Sanabria.

CAPÍTULO XIII

El doctor Cassani se arrancó la máscara blanca, apenas se percató de que era una máquina y no un hombre lo que tenía tendido sobre la mesa de operaciones.

Zovenna paró el aflujo de gas anestésico y me quitó la boquilla. Ambos hervían de ira.

— ¿Quién diablos te metió en este asunto? — vociferó Cassani.

— Nadie, señor — contesté.

— Pero tú has venido a espiamos — dijo Zovenna.

— ¿Espiar? ¡Qué palabra tan fea! — repuse, conectando el circuito del sarcasmo.

— Vamos, no mientas — gruñó Cassani.

— Un robot no puede mentir — agregó su compinche—. Está obligado a decir siempre la verdad.

— Por eso me quejo de que hayan empleado la palabra espiar — alegué —. Lo único que hice fue andar por ahí, a ver qué pasaba.

— Me gustaría que fueses humano — dijo Cassani en tono rabioso.

— ¿Para transformarme en uno de esos monstruos?

— Para rebanarte el pescuezo, maldición.

Ya no quedaba en Cassani nada del ponderado científico a quien yo había escuchado una conferencia en la televisión. Ahora era un humano dominado por la codicia, la ambición y, ¿Por qué no decirlo también?, por el odio y el miedo.

— En tal caso, poco partido habrían sacado de mí. ¿Puedo preguntarles — añadí, respetuosamente —, por qué han usado seres humanos para sus experimentos y, sobre todo, para la extracción del valioso «cassanio», y no robots?

— ¿Es que no lo sabes tú mismo? — gruñó Zovenna—. El dueño de un robot tiene que presentarlo anualmente para revisión.

— Entiendo. De este modo, se sabe si ese humano ha empleado a su robot para actividades ilegales, aunque no dañen a otro humano, o para otro objeto que le interese mantener en secreto, aunque sea perfectamente legal.

— Y si hubiésemos comprado unos cuantos robots, habría llegado el momento en que se habría sabido el lugar del único yacimiento de «cassanio» que existe hasta ahora en el Sistema Solar.

— Lo encontré yo — declaró Cassani con orgullo —. Es mío y no

quiero que nadie más pueda explotarlo.

—Vamos, lo que usted pretende es crear el monopolio de su metal — dije.

— Exactamente. Fijaré los precios que se me antojen y seré rico, inmensamente rico.

Cassani había perdido un tornillo, aunque era humano.

De otro modo, no comprendía que pudiese hablar de una manera tan disparatada.

— ¿A quién se le ocurrió la brillante idea de transformar los seres humanos en monstruos? — pregunté.

— A mí — respondió Cassani—. Zovenna y yo éramos antiguos amigos. Un día me habló de sus experimentos biológicos con animales, a los cuales trataba de hacer sobrevivir en mundos con atmósfera distinta a la nuestra.

— Y como lo consiguió, usted le dijo que experimentase ahora con seres humanos, de preferencia ingenieros y geólogos.

— Así fue — admitió Cassani con sonrisa lobuna—. Es la forma física que mejor se acomoda al habitante joviano.

— ¿Y los ojos de mosca?

— El «cassanio» es difícil de encontrar por medios ordinarios, pese a hallarse en estado de casi absoluta pureza — explicó el científico—. Yo lo hallé por mera casualidad. Se me había roto una linterna y vi brillar algo a través del cristal prismático de aumento de la lámpara. Al retirarlo, observé que el brillo desaparecía. Unas cuantas pruebas me hicieron comprender que el «cassanio», en estado natural, sólo podía ser visto en determinadas condiciones ópticas.

— Y entonces es cuando se les ocurrió «gigantizar» las moscas para extraerles luego sus ojos facetados.

— Bien, Zovenna hacía también experimentos de aumento de tamaño de los animales.

—Trabajaba para una compañía conservera — rió el aludido—. Mi principal ocupación era hacer que las terneras aumentasen tan sólo un veinte por ciento de su tamaño habitual. De haber pesado más, sus patas no habrían podido resistirlo. Un día por error, entró una mosca en mi laboratorio y… abreviando, al día siguiente tenía el tamaño de un ratoncillo.

— De ahí a que adquiriese el tamaño de un perro lobo, no había ya más que un paso.

— En efecto — admitió Zovenna—. Pero tuvimos un par de fracasos y ahora empezábamos, disponiendo de modelos convenientes, a fabricar ojos facetados de vidrio, idénticos en un

todo a los de las moscas. Obvio es decir que los humanos transformados miran a través de esos ojos, lo cual significa que conservan los suyos.

— Pero no su morfología ni la mayor parte de sus condiciones corporales — objeté.

Cassani se encogió de hombros.

— ¿Y qué? El fin justifica los medios. Además — sonrió torvamente—, es posible que acabemos poblando el planeta. En todo caso, Zovenna y yo habremos sido los creadores de una nueva raza de seres. Júpiter estará habitado y... — Cassani miró a Zovenna —. ¿Le cuento el resto, Gianpaolo?

El biólogo se encogió de hombros.

— Bueno, Ángelo.

— Estableceremos aquí nuestro mundo. Nos independizaremos de la Tierra y los dos gobernaremos Júpiter.

— ¡Qué estupidez! — Se me disparó un circuito antes de que pudiera cortar la conexión.

— ¿Estupidez? ¡Oh, no! — exclamó Cassani —. Hay enormes cantidades de «cassanio», millares, tal vez decenas de millares de toneladas, peso terrestre, por supuesto. Una tonelada de «cassanio» ocupa un volumen exorbitante, es cierto, y no cabría siquiera en una astronave corriente, pero tampoco es necesario meterla dentro; bastaría con llevar el metal remolcado hasta la atmósfera terrestre, donde sería trocado, antes de ser embarcado en los cohetes suborbitales.

— Y si tenemos en cuenta las singulares propiedades del «cassanio» en cuanto a resistencia, dureza, flexibilidad, tenacidad y conductibilidad, convendremos en que la explotación del metal resultará altamente rentable para ambos — añadió Zovenna.

— Por lo que el gobierno de la Tierra se verá obligado a transigir con nuestras peticiones y acceder a lo que le pidamos en este sentido. Los científicos transformados en jovianos serán llorados un poco, pero olvidados al día siguiente. Así es la humanidad, Rocky — resumió Cassani filosóficamente.

Yo tenía mis circuitos sometidos a una tensión extraordinaria. Aquel par de tipos estaban atacados de megalomanía... una locura provocada por la codicia.

— Y, por último, nadie sabrá hasta que nosotros queramos, porque los ocupantes de esa nave serán transformados... o muerto el que no nos sirva — dijo Cassani con acento que no dejaba lugar a dudas.

— ¿Y yo? — pregunté.

Cassani reflexionó unos instantes.

— Eres un robot. Tu obligación es servir a los humanos.

— Sí, señor — admití.

— Pues, si quieres que te diga la verdad — expresó Cassani en tono alegre —, un criado no nos vendría nada mal en el laboratorio. Barrer el suelo, en ocasiones, resulta molestísimo.

— Podrás preparamos la comida, asear las habitaciones, arreglar las camas, limpiar el laboratorio...

— Y colocar un jarrón con flores sobre la mesa, a la hora de las comidas — comenté con ironía.

— Tal vez cultivemos un jardín — replicó Zovenna—. Por supuesto, no te pediremos que nos ayudes en nuestros experimentos biológicos; tal vez pienses, robóticamente hablando, que lo que hacemos es causar daño a un humano.

— Lo es, porque ustedes le obligan a adquirir una apariencia que no es la suya y contra su voluntad — afirmé.

— Pero como tú no intervendrás en eso, no podrás sufrir ningún daño en tus mecanismos... ni tampoco dañamos a nosotros — dijo Cassani, sin dejar de sonreír—. Suéltale, Gianpaolo.

Zovenna me quitó las correas con las cuales había sido amarrado a la mesa de operaciones, antes de que se diesen cuenta de que lo que tenían entre manos no era un hombre.

— Ponte en pie —ordenó Cassani.

— Sí, señor.

— Ahora, ve a la cocina y prepáranos café. Enséñale la cocina, Gianpaolo.

Momentos después, ponía la cafetera al fuego, pensando melancólicamente en que, me gustase o no, tendría que quedarme a servir a aquella pareja de locos asesinos.

Todo dependía de la actuación de Kastell y de Sanabria. Si no actuaban de manera inteligente...

De pronto, cuando el agua empezaba ya a hervir, sonó un agudo grito.

— ¡Ángelo!

«Vaya, ya se han dado cuenta de ello», pensé.

Capté unos cuchicheos. Luego escuché la voz de Cassani, que me llamaba en tono imperativo.

— ¡Rocky!

— ¿Señor? — contesté.

— Ven inmediatamente.

Abandoné la cocinita y pasé a la sala. Cassani tenía en las manos la flechita de alambre que yo había construido en la nave, antes de

abandonarla, y sujetado luego a la suela de una de mis botas magnéticas.

— ¿Tú has hecho esto? — preguntó airado.

— Humildemente, debo reconocer que sí, señor.

Los ojos de Cassani brillaron como los de un loco.

— ¿Sabes que, al hacer esto, vas a causar daño a unos seres humanos?

— ¿Yo? En absoluto. Lo único que pretendo es guiar hasta aquí a mi amo y sus amigos. Lo que hagan luego ellos con ustedes, o viceversa, es cuenta suya. Si les matan, también les dañarán a ellos, ¿no? Simplemente, me he limitado a dejar constancia de mi paso, eso es todo.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Cassani dijo:

— Enciérrate en la cocina y no salgas de ella hasta nueva orden. ¿Te das cuenta que no debes quebrantar este mandato bajo ningún pretexto?

— Hasta que un humano me diga que puedo salir de la cocina — respondí.

— Exactamente — sonrió Cassani—. Y no serán tus amigos quienes te den la orden de salir de allí. ¡A la cocina, máquina!

¿Qué puede hacer un robot en estas condiciones, Capek mío?

Me fui a la cocina.

* * *

Kastell y sus acompañantes se detuvieron al ver a los dos monstruos que les encañonaban con sendas pistolas.

— ¡Cuidado! — murmuró el policía en voz baja.

— Si disparan, aunque no nos hieran mortalmente, moriremos por asfixia — dijo Sanabria en el mismo tono.

De repente, uno de los componentes del grupo se adelantó hacia los monstruos y se arrodilló frente a ellos.

Era Marilyn Bewter.

La pelirroja permaneció quieta unos instantes. Luego, hurgando en los bolsillos externos de su traje espacial, sacó una varilla de metal con la que empezó a grabar unas frases en el hielo del suelo.

— *Soy Marilyn Bewter. ¿Alguno de ustedes es Pierre Duval?*

Uno de los monstruos se estremeció visiblemente.

Cambiándose la pistola de mano, escribió algo sobre el hielo.

— *Soy yo... Era, mejor dicho. ¿Qué haces aquí, Marilyn?*

— *Hemos venido para castigar a los criminales que os redujeron a ese estado tan horrible* — escribió Marilyn —. *Hubo un tiempo en que*

me amabas. ¿Consentirás en hacerme daño, sólo por obedecer las órdenes de un asesino?

Pareció que la mano del monstruo temblaba. Marilyn volvió a escribir:

— *¿Os han dado la orden de matamos?*

— *Si.*

— *¿Pueden influir en vuestra mente?*

— *Hasta cierto punto.*

— *¿Qué os han dicho para que salgáis a buscarnos y nos matéis?*

— *Prometieron que nos devolverían nuestra forma primitiva* — respondió «Pierre Duval».

Wolseley adelantó un paso valerosamente y arrebató a la muchacha el estilete de acero.

— *Lo siento por ustedes* — escribió—. *Soy biólogo y puedo asegurarles que ya no volverán a ser lo que fueron.*

Después de aquello, hubo un momento de quietud.

Luego, los dos monstruos se miraron con sus ojos facetados.

De repente, la pareja de seres dio media vuelta y empezó a reptar con gran rapidez hacia un conjunto de luces que se veían al fondo de una gran caverna.

— ¡Vamos! — gritó Kastell, lanzándose hacia delante.

Sanabria y Anders le imitaron en el acto. Aunque hubiesen tenido su peso normal, no habrían podido competir en velocidad con los monstruos.

* * *

Yo seguía en la cocina, castigado, como los niños malos. Habían pasado ya varias horas y empezaba a desconfiar de que los humanos hubiesen encontrado mis señales.

De pronto, escuché unos gritos de pánico.

— ¡Vienen hacia aquí, Gianpaolo!

— ¡Las pistolas, pronto!

Sonó un tremendo crujido. Los monstruos poseían una fortaleza excepcional y atacaban los relativamente débiles muros del barracón.

— ¡Los trajes espaciales! — chilló Cassani.

El barracón era estanco y en su interior había una atmósfera terrestre. Pero la del exterior era irrespirable.

El metano y el amoníaco empezaron a mezclarse con el aire. Sonaron unos chillidos espeluznantes.

Los monstruos penetraron por la abertura practicada con el

impulso de sus cuerpos. No usaron las pistolas.

Se limitaron a presenciar la horrible agonía de los dos miserables, que se asfixiaban en un ambiente mefítico.

Cassani fue el primero en caer, revolcándose en las ansias de la muerte. Sus manos se crisparon sobre los pliegues del traje espacial, que no había tenido tiempo de ponerse.

Zovenna era algo más resistente. Agarrándose la garganta con una mano, cayó de rodillas.

Sus ojos turbios por la agonía contemplaron a los seres causantes de su muerte. Entonces se dio cuenta de que aún tenía una pistola en la mano.

Disparó dos veces. «Pierre Duval» y el otro murieron instantáneamente.

El inspector Kastell irrumpió apenas un segundo después. Vio el horrible cuadro y se dio cuenta de que ya no podía hacer nada en favor de unos y otros.

Me buscó y me encontró en la cocina. Ya empezaba a quedarme tieso.

Comprendió lo que ocurría y me trajo una escafandra. Momentos más tarde, podía hablar con él a través de la radio.

— Podías haber salido a prevenimos — refunfuñó.

— No podía. Un humano me dio orden de permanecer en la cocina, hasta que otro humano la revocase — expliqué.

Kastell me miró y se echó a reír.

— Eres único, Rocky — dijo—. Pero gracias a ti hemos solucionado este caso.

— Me siento halagado de modo muy agradable — respondí.

Y por respeto a él, que era un humano y mi dueño, no le guiñé un ojo.

Anders se estaba preocupando ya de los trabajos propios de su oficio. En un rincón, Marilyn sollozaba amargamente, consolada por Leni.

El profesor encontró en un rincón del laboratorio dos cajas, que contenían sendos cuerpos de monstruos muertos. Eran los que Cassani y su cómplice habían traído desde la Tierra.

No habían tenido tiempo de hacerles la adaptación del sistema respiratorio y habían muerto también asfixiados.

Wolseley iba de un lado para otro, encontrando interesantísimo cuanto había en aquel lugar. Yo pensé — más tarde lo discutiría con mi amo — que no convendría hacer públicos algunos detalles de lo ocurrido. En todo caso, esto era relativamente secundario.

Vendría luego otra discusión sobre la explotación del «cassanio».

No me corría prisa.

Pasaría mucho tiempo antes de que el «cassanio» fuese utilizable en la industria. Por el momento, yo me sentía, y me siento, muy contento con mis mecanismos de acero inoxidable.

Se taponaron los boquetes y se restableció la atmósfera normal en el barracón, después de haber retirado los cadáveres a lugar no visible. Ello nos permitió quitamos los trajes de vacío.

Por supuesto, el lector habrá comprendido que la narración de los acontecimientos en que no intervine yo directamente, está tomada del relato que luego me hizo el inspector.

Sanabria habló de proponerme para una recompensa. Yo dije que, en todo caso, era Marilyn quien se la merecía.

— Ella fue la que salvó la situación, cuando los... seres se disponían a matarles — expresé.

— ¿Cómo se le ocurrió esa idea? — quiso saber el explorador.

Los labios de la pelirroja temblaron.

— Lo pensé ya antes de salir de la nave. Por eso busqué aquel punzón para escribir en la nieve. Sabía que, si encontraba a Pierre, el amor que me había tenido le obligaría a hacer cualquier cosa con tal de no dañarme ni dañar a mis amigos.

— Fue un cálculo exacto — alabó Kastell—. Ven, Leni.

Marilyn necesitaba consuelo. Era joven y hermosa. Sanabria era también joven y bastante atractivo.

Marilyn se sentía aún dolorida. Pero la vida y la juventud tienen unas leyes que no es posible esquivar.

Sanabria se encargaría de que Marilyn acabase por olvidar aquellas horas amargas. Y estoy seguro de que ella se lo agradecería... toda la vida, claro.

— ¿Y ustedes, qué? — pregunté a Kastell y a Leni —. ¿Cuándo se van a casar?

Kastell y Leni se miraron y sonrieron.

— Tal vez cuando lleguemos a la Tierra — dijo mi amo—. Aunque tengo entendido que tú no eres aficionado a los niños — agregó en tono malicioso.

— Como no me dejan protestar, tendré que hacer lo que ustedes me manden — rezongué—. Pero, en fin, eso es cosa suya. Yo — dije —, como robot, estoy exento de ciertas preocupaciones humanas. ¡Menuda preocupación es el matrimonio!

Kastell se acarició la mandíbula.

— Oye, Rocky, —dijo—, ¿sabes que me parece que tienes razón?

— ¡Rocky! — chilló Leni —. Si lo que pretendes es que Ferdy me deje plantada, te aseguro que estás muy equivocado. En cuanto

lleguemos a la Tierra, lo llevaré delante del cura, ya lo captarás con tus objetivos visores.

Levanté un dedo.

— Esas palabras están grabadas indeleblemente en mis circuitos memorísticos. No diga luego que no las pronunció — advertí.

Kastell suspiró, mientras encerraba en sus brazos a la linda periodista.

— Ya era hora de que Leni tomara una decisión al respecto — manifestó —. Rocky, en verdad que te mereces una recompensa.

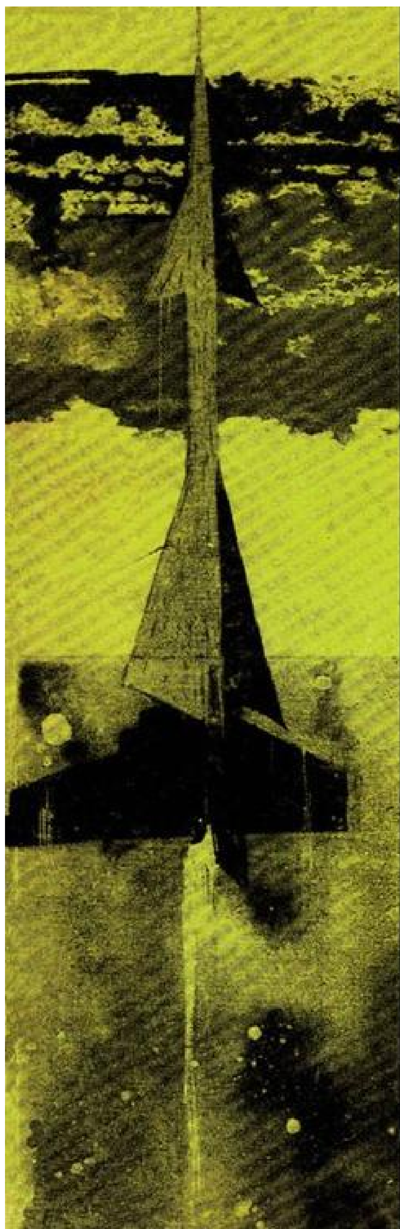
— Pues si tanto insiste, déme medio litro de agua más o de cualquier otro disolvente — pedí.

Los dos humanos pusieron cara de extrañeza.

— ¿Para qué? — preguntaron a dúo.

— ¡Porque en algunas regiones de mi cuerpo, que no es discreto nombrar, por muy robot que sea uno, todavía queda pintura roja, malditos sean los cortocircuitos!





---

[1] Véanse los núms. 343 y 358, titulados respectivamente «Robopol» y «Sólo para robots», del mismo autor. (N. del E.)

[2] Véanse obras citadas en pág. (N. del E.) *(Error de imprenta. No incluyeron el número de la página. (N. del Corrector)*

Table of Contents